
ELOGIO

DEL DOCTOR MESTRE EN LA SOCIEDAD ANTROPOLOGICA.

En la noche del 29 del pasado Junio se reunió la Sociedad Antropológica, para oír el elogio de su difunto Presidente, el Dr. José Manuel Mestre, encomendado al Sr. Enrique José Varona.

Después de exponer el orador el triste objeto de la reunión y el asunto de su discurso, dijo que la Sociedad había tenido sin duda en cuenta, al confiarle aquel honroso encargo, los vínculos de amistad que le unieron al Dr. Mestre y que le permitían, á la vez que compartir los sentimientos de respeto y admiración que le profesaban sus conciudadanos, apreciar de más cerca las cualidades personales que lo hicieron tan amado en su hogar y en el no estrecho círculo de su familia.

En su sentir, el elogio del Dr. Mestre no era sólo para la Sociedad Antropológica un deber académico, sino un deber patriótico, puesto que el compañero ilustre que acababan de perder no había sido meramente un miembro útil, laborioso y docto de aquella Corporación, sino un ciudadano benemérito, cuyos servicios debían granjearle duradera memoria en los anales de Cuba. A diferencia de las Academias, que, por su historia y por el derecho de cooptación que las conserva, tienden á inmovilizarse, se esclavizan á la rutina y se aíslan; las Socieda-

des, abiertas libremente á todas las aptitudes, participan de la vida colectiva, y cuanto afecta grata ó dolorosamente los grandes organismos sociales de que forman parte, repercute en su seno y las impresionan. Las Sociedades de Antropología dan buen ejemplo de esta diferencia, pues tienen siempre francas sus puertas para cuantos estudian al sér humano, en cualquier forma y en cualquiera de sus varios aspectos, y abren un ámplio palenque á todas las especialidades, oyendo á las más diversas doctrinas, recibiendo toda suerte de contribuciones, con tal que aporten alguna luz para la solución del gran problema que las preocupa: el conocimiento del hombre. Por eso hasta ahora no se han constituido en guardadoras de ningún sagrado depósito, sea sábia teoría ó añeja preocupación, y han sido grupos de obreros de la ciencia, libremente formados, en comunicación constante con las ideas y las opiniones continuamente renovadas en torno suyo; y han aspirado sobre todo á recibir una sávia joven y vigorosa, que sólo puede venirles del contacto íntimo con lo exterior y de la compenetración de su vida por la vida del pueblo en que se desarrollan.

La corta historia de la Sociedad Antropológica de Cuba lo dice suficientemente, y bastaría advertir, para comprobarlo, la diversidad de profesiones que han representado sus distintos presidentes. Fué el primero un naturalista insigne, justamente ensalzado en el mundo científico, D. Felipe Poey. Le sucedió el docto y laborioso secretario de la Academia de Ciencias Médicas, Dr. Antonio Mestre, y á éste el mismo Sr. Varona, sin otros títulos que sus estudios sobre las ciencias llamadas filosóficas. Vino después José Manuel Mestre á representar las investigaciones que tienen más especialmente por objeto los problemas sociales, que le preocuparon durante toda su vida, y á los que dirigió la corriente entera de sus estudios y de su enseñanza.

Un breve recuerdo de su vida haría ver cuán digno era de representarlas en el seno de esa ilustrada Sociedad. El orador manifestó que iba á considerar tres diversos aspectos de la fructuosa carrera del Dr. Mestre: su vida literaria; su vida pública y su fisonomía moral.

Para apreciar debidamente la primera, necesario se hacía volver la vista hácia la época en que Mestre comenzó á distinguirse por su asiduidad en el estudio y las cualidades relevantes de un talento que

empezaba á fructificar, y considerar el estado intelectual de Cuba, y en especial el de su enseñanza superior ó universitaria. Recordó el señor Varona el período que precedió á la enseñanza de Varela, verdadero crepúsculo en la historia de nuestra cultura, en que pugnaban por abrirse paso en medio de las tinieblas rayos de luz partidos de los más diversos focos. Despues de la filosofía profesada por el presbítero Caballero, que se intitula ecléctica mas como protesta contra el mohoso escolasticismo hasta entónces imperante, que en un sentido verdaderamente preciso y comprensivo, surgen los innovadores por todas partes, llegándose á enseñar en las aulas de la Universidad el sensualismo puro en la cátedra de O'Gaban; hasta que todo se encauza merced al influjo decisivo de las doctrinas más templadas de Varela, para dividirse luego en las dos corrientes representadas más tarde respectivamente por Gonzalez del Valle y D. José de la Luz. A Varela sucede inmediatamente una série de hombres insignes que representan en campos distintos de la cultura mental el influjo de ese hombre extraordinario, y marcan el apogeo de la instruccion superior en Cuba, en la primera mitad de nuestro siglo. Discípulos inmediatos de éstos fueron otros á quienes estaba reservado más árduo empeño, y entre los que se encuentra en primer término el Dr. Mestre. La grande y difícil preparacion en el campo de las ideas estaba realizada. Los maestros de Varela vivian de los deshechos mentales de edades completamente muertas; sus discípulos y los que con ellos se doctrinaron pensaban como hombres modernos, y sus aspiraciones estaban al nivel de sus pensamientos. Por desgracia eran sólo un grupo aislado en la cima únicamente bañada por la luz de un sol naciente; debajo empezaba la penumbra que iba á perderse en las tinieblas profundas de la base inmensa. Embriagados aún por los ardientes deijos de la ciencia nueva que acababan de gustar, no lo advirtiéron, ó creyeron que podian triunfar á pesar de todo. Eran hombres activos, que venian despues de hombres especulativos. El mérito particular y á la vez el carácter distintivo del grupo á que perteneció Mestre fué el hacer de la cultura mental un instrumento para el progreso material y político de su país. Por eso Echeverría dedica su agudo sentido crítico á los primeros períodos de la historia colonial de Cuba, y Pozos Dulces

ataca de frente el problema fundamental de su existencia, la organización del trabajo y la colonización, y Jorrín fomenta la enseñanza agrícola, complemento necesario de las reformas indicadas por su sabio amigo. Y por eso Mestre, al dedicarse á las tareas literarias y al profesar en las aulas de la Universidad, busca en campos distintos los materiales necesarios para una obra comun, dar direccion práctica á los estudios de la juventud eubana, mover en el sentido de la actividad en pró del bienestar social sus aptitudes. Su enseñanza filosófica en la Universidad marca, aunque su modestia no lo lleve á proclamarlo, un cambio de rumbo en la direccion de estos altos estudios, señala el único período en que la influencia de la Luz se dejó sentir en las doctrinas enseñadas en nuestras aulas. La proscripcion ó punto ménos de la metafísica, la importancia concedida á la psicología y sobre todo el considerar la lógica como un instrumento indispensable y general, pero sólo como un instrumento, para la disciplina del espíritu y para su aplicacion fructuosa á las pesquisas científicas, eran otras tantas cardinales innovaciones, que prometian y hubieran debido traer mejores dias á nuestra enseñanza. Convertir la dialéctica en la clave universal que franquea todos los misterios del mundo es ahogar en su gérmen toda ciencia; conducir por la lógica á la metodología, enseñar por qué medios se puede ahondar con fruto en el campo del conocimiento de la realidad, es preparar para la investigacion científica, es fomentar el espíritu de verdad, es propender al desarrollo de la ciencia, necesidad suprema de nuestros tiempos. Lo primero lleva á las vanas especulaciones que engolfan el espíritu en las quimeras de los sistemas; lo segundo aguija la actividad, lleva á la aplicacion, demanda la práctica. Esta era la direccion que señalaba Mestre; y ninguna otra más elevada. La iniciacion de una juventud escolar en la ciencia, como fin supremo del estudio, no significa sólo responder á lo que demanda imperiosamente el estado de la civilizacion, es consagrarla, por la más alta disciplina moral, al cumplimiento de los deberes sociales; la ciencia es impersonal, es cosmopolita, ajena á todo espíritu de secta, á todo prejuicio del sentimiento ó del interés; afina en el hombre sus más altas dotes, lo levanta, lo limpia de los viejos fanatismos, lo dignifica y lo prepara plenamente para realizar por su concurso el

derecho, que es el gran fin social. Los hombres que aprenden á buscar la verdad, cueste lo que cueste y signifique lo que signifique, la realizan en la vida por la sinceridad, por el pundonor cívico, por el espíritu de justicia y cuando es preciso de sacrificio. Por esto el carácter científico de nuestra época entraña un progreso inmenso en las costumbres públicas. Hoy no se daría el espectáculo de esos grupos de hombres doctos que presenta la Italia del siglo xvi, desasidos de la vida práctica en lo que tiene de colectiva, ajenos á los males públicos, á la miseria social, á la servidumbre política, entregados abstractamente al cultivo de la inteligencia, para gustar á solas ó en la comunicacion de un cenáculo de privilegiados los refinamientos del bien decir, de la curiosidad erudita ó de la interpretacion de los antiguos sistemas. Los que formaron dos generaciones sucesivas de cubanos amantes del saber y amantes de su patria se distinguieron por caracteres muy diversos. El período de Saco, Escobedo, la Luz, Betancourt Cisneros, fué de demolicion, de crítica y de iniciacion. El de Mestre y sus compañeros quiso ser de reedificacion, de afirmaciones, y á estos fines se dirigieron con ardor inquebrantable esos beneméritos cubanos.

Cuando el Dr. Mestre se presenta en la Universidad para inaugurar el curso académico de 1861 á 1862, su discurso difiere totalmente de los que habitualmente se oían en esas solemnidades oficiales. En vez de las tésis de gran generalidad y remota aplicacion que por lo general escogian los catedráticos, signo de los tiempos, una tésis adecuada á las circunstancias del lugar y del momento, adecuada sobre todo al espíritu que anima al orador, la historia de la enseñanza filosófica propiamente dicha en Cuba, el recuerdo patético y respetuoso de los precursores, la esencia de sus altas doctrinas y sobre todo su hermoso ejemplo. Cuando adapta un texto para la enseñanza de la física, como cuando estudia la reformas de nuestros establecimientos penales; cuando expone en la *Revista de Jurisprudencia*, á medida que lo requerian las cuestiones que le servian de materia de estudio, el gran desarrollo coetáneo de la ciencia jurídica, como cuando, léjos de su campo de especialista, contribuye á las publicaciones críticas y literarias de la época, siempre la nota dominante, que dá respuesta á la preocupacion tenaz de su espíritu, es atender á la realidad circunstan-

te, ser oportuno, que es la gran manera de ser útil, huir de lo superfluo, vano y ostentoso, para buscar lo sólido y lo que ha de dar sazonado fruto.

Cuba no se resignó nunca á la mutilacion que le impusieron las Córtes españolas del año 37, y cuando el rápido aumento de sus riquezas materiales hizo todavía más difícil la obra del despotismo y ménos llevadero su pesado yugo, siempre repugnante al espíritu público, se vió constituirse espontáneamente un partido político que simbolizó por largo tiempo las aspiraciones reformistas del país, y lo dirigió en su perseverante campaña contra los mantenedores interesados del régimen odioso que sobre él pesaba. El Dr. Mestre se contó entre sus jefes; y su pluma y su consejo se señalaron en beneficio de la idea liberal, en esos años memorables, que parecian la aurora de una vida nueva para el pueblo cubano. Los esfuerzos de los reformistas culminaron en el gran triunfo electoral, arrancado en reñida pugna contra los indignos amaños del poder y sus serviles secuaces, que les dió la mayoría en la Junta de Información, y que precedió de tan cerca á la inícua mistificacion que acabó con las esperanzas de los liberales y con la larga paciencia de la colonia. El fracaso de las reformas fué el preludio de la guerra. El pueblo inerme y pacífico que parecia tan resignado con su dura suerte sacudió súbitamente su torpeza, y se lanzó desesperado al campo, trocando en instrumentos de guerra sus útiles de trabajo. Un viento de tempestad corrió por todo el país, conmoviendo y trastornando cuanto no arrasaba. La bandera de los reformistas se habia trocado en pendon de guerra, y en torno suyo se encontraron de nuevo agrupados los más de sus mantenedores. Entre los muchos hombres importantes, residentes en la Habana, que emigraron á los Estados Unidos desde los primeros tiempos de la revolucion, se contaba el Dr. Mestre; y desde luego se distinguió en primera línea entre los representantes del gobierno insurgente en el extranjero.

El Sr. Varona manifestó que iba á recorrer brevemente este período de la vida del Sr. Mestre, y no porque entendiese que en esa ocasion, ni en ninguna otra, le estuviese vedado formular por entero su juicio acerca de la conducta ó los principios de cuantos de alguna

suerte han intervenido ó intervienen en los asuntos públicos de nuestro país, sino obedeciendo á más altas consideraciones. La época tremenda de la lucha armada está todavía cerca, las pasiones que conmovieron con tanto vigor por toda una década el corazón de un pueblo, bullen aún sordamente en nosotros, nuestra vida de hoy es continuación de aquella vida, bajo la aparente calma de la superficie está la honda agitación que deja en pos de sí el huracán; aspirar á la serenidad de juicio que exige la apreciación de los actos de los que ya no existen, cuando tantos intereses y tantos sentimientos nos ligan á ese pasado casi presente, es árdua empresa y por lo ménos reservada á muy pocos, y el orador prefería pecar de omiso, ántes de incurrir en la nota de parcial. Los emigrados, como todas las agrupaciones humanas poderosamente agitadas y removidas, se dividieron en bandos á veces aliados, á veces hostiles. El Dr. Mestre estuvo siempre entre los más templados, y sirvió á los poderes de la Revolución con un criterio definido, de matiz en lo posible conservador. Cuando creyó que su gestión, para ser atinada, había de contradecir sus principios, resignó el puesto de confianza que desempeñaba, y se retiró.

Algun tiempo despues cesó la lucha; y los emigrados comenzaron á regresar á sus hogares. Su ideal había sido una vez más vencido, pero les quedaba un sentimiento, de ningún modo incompatible con la fidelidad á su causa, un deber, una religión, el amor á la patria, que no sucumbe, que no puede sucumbir; la necesidad de servirla, mayor entónces en que eran más oscuros, más inciertos sus destinos. Volvió al cabo el Dr. Mestre á Cuba, y pronto se trazó el camino que creyó más adecuado á sus antecedentes, á su posición y á sus obligaciones de patriota. No tomó ningún puesto entre los que contendían de otra suerte, aunque siempre por la libertad contra la reacción, pero no creyó tampoco que debía sentarse entre los espectadores; porque la gran causa de la emancipación política y del progreso intelectual y moral de Cuba es, como todas las que entrañan una verdadera transformación social, muy compleja, reviste muchos aspectos y presenta muy diversas necesidades, á que puede acudir un cubano, permaneciendo alejado del campo bullicioso de la política activa. Por esto trajo inmediatamente su valioso concurso á esta Sociedad, y contribuyó

con sus luces al desarrollo de otras instituciones, no ménos importantes para nuestra cultura, como el Círculo de Abogados. Los años de la expatriación habían sido, para este obrero fervoroso é incansable, de labor continúa en el campo de su rica inteligencia. Sus tareas políticas coincidieron con importantes trabajos como periodista y juriconsulto; y al mismo tiempo su espíritu, tan bien preparado, se abría á más amplios y luminosos horizontes. La gran renovación filosófica que ha presenciado la segunda mitad de nuestro siglo, y uno de cuyos aspectos más hermosos y ricos de enseñanza es la doctrina de la evolución, puede estudiarse con grandes ventajas en el país en que residió tanto tiempo el Dr. Mestre; su propia manera de entender la filosofía, á que ya hemos aludido, su sólida preparación científica, su mismo temperamento lo llevaban á comprenderla en toda su grandiosa sencillez y á aceptarla como molde para su concepción del mundo y de la vida. El que muy joven aún había dicho que la filosofía «no es una ciencia, sino algo más grande y elevado, esto es *la Ciencia* por excelencia y el complemento de todas las demás,» no estaba, aún entonces, distante del pensador que tan concisamente ha trazado su órbita inmensa á la filosofía en estas palabras: «La ciencia es el saber *parcialmente* unificado; la filosofía el saber *totalmente* unificado.» Y en efecto sus últimas manifestaciones de carácter doctrinal nos lo presentan como adepto de la escuela que ha recogido, para darle carácter más científico y ménos sentimental, esa noble concepción de la filosofía del siglo pasado que se ha llamado la teoría del progreso. Era una evolución natural de su espíritu; y un bien hermoso término para la carrera de una inteligencia sana, fuerte y sincera.

El recuerdo de esta vida está diciendo ya el sello moral que la distingue. Las obras nos revelan el carácter. El de José Manuel Mestre fué en verdad notable entre nosotros. Las singulares y aún antagónicas cualidades que nos distinguen á los cubanos como pueblo, esta mezcla de frivolidad y tenacidad, de indiferencia y entusiasmo, estos súbitos arranques que revelan el fervor de las grandes aspiraciones, á que suceden horas de larga postración en que todo estímulo parece muerto en nuestro espíritu, nada más contrario á las cualidades morales de este cubano tan amante de los suyos. Enérgico y perseverante, no conoció

la fatiga, y siguió siempre su derrotero. Sério y reflexivo, si algun impetuoso movimiento sacudia su corazon, la voluntad disciplinada sabia refrenarlo, y la templanza marcaba todos sus actos. Supo ser afable y cortés, sin abdicar de la sinceridad, difícil empeño social; y fué así porque su virtud primera, la que le daba todo su valor en el trato de los hombres era la tolerancia. Pero ser tolerante es aceptar la libertad ajena, no abdicar de la propia; por eso se mostró siempre que el caso lo requeria tan entero en el fondo, como fácil y accesible al avenimiento en la forma. En su vida pública mostró y afirmó estas relevantes prendas. Dos carreras rompió en su juventud, por obedecer á sus principios y convicciones. Juez, no supo, ni quiso plegarse á las exigencias de un Capitan General, que veia en la magistratura sólo una rueda más del vasto mecanismo á que habia querido reducir el país; catedrático, deja la Universidad que tanto amaba, el campo de su predileccion, por protestar de una medida que hiere injustamente á un compañero. Su entereza se patentizó de otra suerte en una ocasion memorable. En los dias inquietos y terribles que precedieron en la Habana á la época tumultuaria de Dulce, un gran número de vecinos notables se presentó al general Lersundi, el funesto gobernante cuyo nombre resonará siempre como un eco lúgubre en los anales de Cuba. Querian pedirle que oyera al país, el principal interesado en la tremenda crisis que asomaba. Ya en su presencia, todos callaban sobrecogidos ante el ceño adusto y la mal disimulada ira de aquel soldado intratable y soberbio; pero hubo uno que se adelantó sereno, para demandarle que diera libertad á la prensa, á fin de que la opinion encontrase intérpretes, que autorizara las reuniones de los ciudadanos, para que la verdad y la justicia pudieran llevar la conviccion á los ánimos, en una palabra que se diese voz á Cuba, pues su suerte era el precio del empeño. El que habló de este modo fué José Manuel Mestre, el primer cubano que ha hablado á un Capitan General de Cuba en nombre de los derechos de sus conciudadanos.

Este fué el hombre á quien conocimos tan suave y regocijado en el trato familiar, éste el estudioso literato que ni un solo dia dejó de dar pábulo á su inteligencia, éste el hombre de negocios tan entregado á sus deberes profesionales, éste el repúblico patriota á quien no fué

dado saludar el día de la victoria de sus ideales, pero á quien fué dado cumplir con lo que estimó en su conciencia su deber. En la paz risueña de un dichoso hogar, al comenzar, nada más que al comenzar la tarde serena de su hermosa vida, cayó de súbito y se le anticipó la noche eterna. Ya de él nada nos queda sino la cariñosa memoria con que le hemos evocado. Nada más que la memoria. En vano querríamos templar nuestra amargura con quiméricos consuelos. Las postrimerías de nuestro siglo son bien tristes. Los risueños ó espléndidos espejismos con que la humanidad en los hervores de la juventud engañaba, sin saberlo, su penosa ruta, se han deshecho, como nubes que desgarras el viento en girones. Nuestros ojos no descubren en lontananza sino el espacio vacío y sin límites. En vano clamaríamos, porque ni aún ecos duermen en su seno. Isis se ha despojado de sus triples velos, y la clave apetecida del enigma del mundo es para los mortales el dolor. Ante él sólo nos resta la virtud del viejo estóico, para contemplarlo frente á frente sin fruncir el ceño, y acercarnos á sondearlo. El dolor nos precede, nos acompaña y va en pos de nosotros. Un poeta alemán contemporáneo ha querido encerrar en una bella alegoría el consuelo posible para esta certidumbre que ha sido nuestro lote. Nos aconseja que miremos en una noche estrellada el ciclo de occidente; uno á uno van sepultándose los astos rutilantes; pero ¿qué importa? tornemos la vista al oriente y otros y otros igualmente bellos van alzándose sobre el horizonte. Esta, por desgracia, y para nosotros no es más que una alegoría. Vemos ciertamente los luminares que se ocultan, pero en el orto no descubrimos los que han de sucederle. Tinieblas cada vez más profundas lo envuelven, y poco á poco caen sobre nosotros y nos rodean.

Mas no nos exime el dolor de la actividad. Es ley de la vida también la acción; y para nosotros no hay reposo. En medio de las tinieblas, como los héroes de Homero, ha de pugnar el hombre de hoy con no ménos esfuerzo que pugnó el de ayer en mitad del día. Y en especial nosotros que aún tenemos por conquistar cuanto puede dar precio á la existencia humana, individual y colectiva, debemos encontrar un estímulo en nuestros mismos dolores para ser más enérgicos y perseverantes. Con su memoria nos ha dejado Mestre su ejemplo. Y lo que éste significa

puede condensarse en breves frases. Lícito es á otros contender por diversas formas del progreso social. Los pueblos que están á nuestro nivel tienen algo más vital, más primordial á que consagrarse, la consecución de la libertad política, que dá dignidad y precio á la vida de los individuos, que abre campo franco á todas las energías de la vida social, que asegura su esfera de acción á todas las actividades de la vida mental. Con ella la ciencia se desembaraza de las trabas que habían entorpecido sus pasos y emancipa la inteligencia; con ella el arte extiende su imperio á todas las regiones de la idea y del sentimiento y temple y eleva el corazón; con ella las costumbres se depuran, el carácter se suaviza y dignifica, y el sentimiento oscuro de la solidaridad se trueca en el foco de luz que llamamos la conciencia moral. Si hay redención para el mal que impera sobre el mundo, está en la libertad que hace dignos, y por tanto superiores al dolor, á los hombres y á los pueblos. Inmensa gratitud deben las sociedades á aquellos de sus miembros que los han doctrinado en esta noble escuela. Por eso la debemos los cubanos á Mestre. No le tocará, por cierto, el triste destino que parecía temer cuando pedía que no fuera su tránsito por la tierra como huella en la arena que el viento borra. Ha quedado, debe quedar grabada la suya en algo más tenaz que el bronce y más indestructible que el granito: el corazón de un pueblo agradecido.

Este fué, en resúmen, el discurso del Sr. Varona. Acto continuo se levantó el Dr. Montané, Vice Presidente de la Sociedad, para leer el que había dedicado á reseñar y estimar los trabajos del doctor Mestre como antropólogo. No hacemos el extracto de su concisa y elocuente oración, porque hemos de darla á conocer completa á nuestros lectores.



CARTAS DEL DOCTOR DON JOSE MANUEL MESTRE

AL SEÑOR DON JOSE ANTONIO SACO.

Señor D. José Antonio Saco.

Habana y Julio 6 de 1862.

Mi muy querido Saco: moroso he andado en escribirle de cierto tiempo acá; pero crea V. que no ha sido por mi culpa, sin que tampoco haya sido por mis ocupaciones. Tiempo siempre tiene uno para poner cuatro renglones á un amigo que se quiere bien, mas hame faltado valor para darle malas noticias, y de aquí mi silencio. Ahora tengo que dárselas mas favorables y aprovecharé este correo por consiguiente. Pero ¡ay! tambien tengo que dárselas muy tristes, aunque no inesperadas, sobre nuestro amado D. Pepe, cuyo fallecimiento ocurrido el dia 22 de Junio próximo pasado nos ha causado la mas profunda consternacion. Los periódicos le dirán á Vd. la magnífica y solemne demostracion que supo hacer el pueblo habanero ante el cádaver venerable del mejor de los hombres; bien que para formarse una idea aproximada bastarán los recortes que le incluyo. Por uno de ellos verá V. que el Gobierno se asoció á nuestros sentimientos, sea por cordial

simpatía, sea por apoderarse del timon del movimiento popular, y sus providencias fueron acogidas con la mas sincera gratitud. El cadáver fué llevado en hombros «hasta el cementerio,» disputándonos todos el honor de conducir una carga tan preciosa. Sobre todo en el trayecto que media entre la esquina de Tejas y el Colegio (debí haber dicho al revés) la fúnebre procesion marchó perfectamente organizada, en un silencio profundísimo que bien dejaba comprender cuántos sofocados sollozos angustiaban los corazones de todos. Sí, de todos; porque allí no habia ni un semblante que dejase de expresar un vivo pesar, ni un ademán siquiera que no guardase armonía con el homenaje que estaba rindiendo un pueblo agradecido.—Nunca, estoy seguro, habrá presenciado Cuba un espectáculo semejante: tanta espontaneidad no tiene ni puede tener nunca una fuente ficticia.

D. Pepe murió como habia vivido: apacible y santamente, edificándonos casi hasta la última hora con su evangélica palabra.—¡Cuántas veces me habló de Saco, á quien tanto queria!—Pero no murió como lo hubieran deseado los jesuitas, es decir, confesado y comulgado; y Vd. que conoce como está esto, ya considerará qué tema habrán tenido esos infames fariseos para fingirse los escandalizados, horrorizándose al pensar en las consecuencias que pueden traer para la educacion las deletereas doctrinas religiosas de Luz.

Estas hipócritas sujestiones por un lado, y por otro las murmuraciones del partido catalan, que más veia en D. Pepe al *filibustero* que al sabio, tenían un poco en ascuas al bueno, pero débil y siempre fluctuante General Serrano, y á tal punto que tuvo por oportuno hacer la vista gorda sobre la introduccion de 800 negros traídos por Durañona y C^a ; cuando de repente cayó como una bomba en medio de todos nosotros un número del Progreso de Guanabacoa con cierta composicion de su paisano de V. el poeta Fornaris, en que á vueltas de darle las gracias á Serrano por su noble comportamiento, me coloca á D. Pepe, como un patriota, entre Varela y Heredia y hace alarde de un liberalismo que á fuerza de puritano y de rudo llega al diapason de la grosería. La poesía me pareció, y conmigo á mucha gente de buen juicio, indiscreta é ingrata: indiscreta porque es una especie de quien vive al Gobierno en momentos en que estamos pensando en reformas

y en levantar un monumento á la memoria de Luz; ingrata, por lo mismo que pretende ser agradecida, puesto que compromete al General Serrano, dándole armas contra él al partido catalan. Otros, sin embargo, la han encontrado magnífica, por aquello de que «sobre gustos.....» Por lo que hace al Gobierno, se le indigestó de tal modo, que no contento con imponerle una fuerte multa al censor, suspendió el periódico, y en el impulso de su rabia prohibió las discusiones literarias que debian tener lugar en el Liceo de Guanabacoa!—Medrados estamos!

Despues de algunos dias que desde entonces acá han transecurrido la agitacion se ha calmado algun tanto y acaso vuelvan las cosas á su curso natural, incluyendo el restablecimiento del periódico y de las discusiones; mas este suceso ha venido á poner en relieve dos circunstancias muy importantes: que el Gobierno (prescindo de personas) tiene una reserva de odio y desconfianza que cualquier dia puede hacer una terrible explosion; y que en el corazon de los cubanos late siempre un sentimiento de desafeccion y de descontento que no perderá coyuntura alguna de manifestarse con más ó ménos oportunidad; pero de todos modos con violencia. El desarrollo natural de las ideas que irresistiblemente se abren paso hácia adelante y el miedo (esta es la palabra) á la doctrina de Monroe nunca tal vez mas práctica en sus tendencias que cuando se acabe la guerra americana y sea abolida la esclavitud como ha de suceder, han hecho que España á regaña dientes afecte cierta disposicion á *ir asimilando*, como dice O'Donnell. Pero nos aborrecen, Saco, nos aborrecen cordialmente. En cuanto á los cubanos, al observar lo que tan cerca de aquí está pasando, al seguir en sus interesantes peripecias «la regeneracion de un gran pueblo,» sienten el latido de una secreta esperanza y piensan en que tal vez se acerca alguno de esos dias que cambian la faz de los pueblos. Fornaris (cuya poesía acabo de conseguir por V. F.) no ha mentido: precisamente su falta consiste en su extemporánea sinceridad: la demostracion de que ha sido objeto D. Pepe, no fué tan solo de un carácter literario, digámoslo así, tuvo una tendencia política, por que aquel hombre tan completo era indudablemente el tipo mas sintético de la idea cubana: su superioridad lo dominaba todo: todos los matices, todas las opi-

niones se refundian y concentraban en él como los radios de un círculo en el punto comun.

¿Pero á dónde voy á parar por ese camino? Vea usted que despues de haber escrito tanto (á bien que es domingo) me quedan tantas cosas que decirle que dudo mucho que pueda ocuparme de todas. Abreviaré, y acabando la materia de D. Pepe le diré que el monumento proyectado será un edificio para el Colegio. Queremos que *la idea* tenga su templo.—La suscripcion ha comenzado y á estas horas vá á pedir de boca. No ha podido hacerse pública; pero el Gobierno no se decide á prohibirla.

Pasemos á usted, cabalmente para participarle la noticia favorable á que al principio me referia. Valdés Fauli, Rafael Mendive y yo nos hemos reunido para darle á la subvencion que usted debe recibir, segun el plan que se sirvió aceptar en su carta de 30 de Marzo último, la forma de una mesada.—Esto se entiende en lo adelante, y sin perjuicio de los 5,200 francos que ya habia recibido usted en dicho mes de Marzo y de otras cantidades que posteriormente han debido llegar á sus manos. Esperamos que muy pronto podremos darle aviso acerca del modo de cobrar la mesada aludida; y esperamos asimismo que nos siga usted regalando con sus interesantes artículos. ¡Cuánto nos alegraríamos de que escribiese usted algo sobre D. José de la Luz! ¿Quién como usted para hacerlo?

El artículo de la América lo hemos devorado. El pobre D. Pepe hizo que se lo leyesen, y lo celebró mucho.—Pero como soy amigo de usted debo decirle con toda franqueza, aunque quizas me la tome usted á mal, que no han faltado quienes hayan gritado contra el preámbulo, que tachan de quejumbroso, y quienes no hayan mirado con buenos ojos las concesiones que hace usted, si bien muy de paso, sobre la censura en el cuerpo de su trabajo; y á fin de que no piense usted aquello de «el que te canta la copla», le agregaré que no son esos los defectos que yo he encontrado, sino el de presentarse como movido por una fraccion pequeña de cubanos. Eso es desautorizar la siempre autorizadísima palabra de usted, sin haber necesidad para ello; y darle á nuestros enemigos un arma que no desaprovecharán por cierto.—Y perdóneme ahora que el afecto verdadero que le profeso me dé

pié para atreverme á hablarle con tanta llaneza diciéndole mí pensamiento sin rodeos ni disimulo.

Me permitirá usted tambien que le aconseje la suspension de la exposicion que se propone hacer al pueblo cubano, si está animada del mismo espíritu que el preámbulo. Escriba usted, Saco, escriba usted, como nadie mas que usted sabe hacerlo sobre Cuba y no pasará mucho tiempo sin que se unifórmén los sentimientos que respecto de usted experimentan sus paisanos, y sea usted el objeto de todas las simpatías.

En cuanto á periódico no hay que pensar en él por ahora, no tanto á causa de la otra susericion que se ha atravesado, como porque con motivo de los últimos acontecimientos el horizonte se ha nublado un poco y conviene esperar á que vuelva á despejarse. Por el próximo correo ó en la primer oportunidad que se presente escribiré á usted con más pormenores, y solo le anticiparé que habiendo llegado á oídos del General que en una de nuestras conferencias en casa de Aldama se habia tratado de *consejo colonial* y de otras atrocidades semejantes, mostró mucho desagrado de que nos estuviésemos ocupando de *esas cosas*.

La carta para Luz la he hecho circular y no ha venido mal para tener en cuenta de antemano lo que dice usted en ella.—Tiene usted sobradísima razon.

Recibí la del 5 de Junio próximo pasado con el conocimiento para la introduccion de los libros, y ya estoy de acuerdo con Fernandez el de casa de Charlain para que pasen por alto.—Una vez que los tenga en mi poder arreglaré las colecciones y diré á usted lo que falte para completarlas. Ocúpeme usted sin pena de ninguna especie en eso como en todo, que no me le ofrezco por fórmula.—Bueno sería que me mandase usted una nota circunstanciada de las personas que en su concepto pueden tener ejemplares de su obra para recogerlos y evitar que se pierdan.

Afectuosas expresiones de Paulina y de Antonio. Don Gonzalo sigue muy bien; pero Mercedita se halla muy achacosa.

Habana y Setiembre 6 de 1862.

Mi muy estimado Saco: He recibido con muchísimo gusto su grata fecha 12 de Agosto, pero no podré contestarle sino muy á la ligera, porque para aprovechar el paquete inglés, que sale hoy, el tiempo me escasea.

Repito que me ha causado sumo gusto su carta porque lo veo en ella muy animado y dispuesto á embestir con la nueva tarea. Yo estoy ansiosísimo de saborear los artículos que me anuncia teniendo en su éxito más fé que en ninguna otra diligencia que tienda al mejoramiento de este desgraciado país. Comprendo por otro lado que solamente usted sabrá llevar el difícil balancin con que es necesario marchar en las cuestiones que nos importan; ¿quién podría sino pedir concesiones á España de un modo que sin exaltar la bilis del inmortal D. Quijote, no disguste á los cubanos y enagene sus simpatías? Para un peninsular eso sería mucho más fácil, porque nuestros paisanos le sufrirían de buen grado alguna que otra españolada, á trueque de alguna palabra racional y equitativa:—tan raro es hablarla en los labios de *nuestros hermanos* allende el Atlántico!—Mas un criollo tiene que andarse con mucho tiento para conseguir el patriótico fin sin que aparezca ante los nuestros como un pastelero. Por acá ya sabe usted que hay un vulgo muy vulgar. Pero es menester tener paciencia é irlo educando. Manos, pues, á la obra, mi querido Saco, y Dios le dé un éxito feliz.

Tengo el gusto de participarle que ya tenemos organizada la subvencion mensual que proyectamos pasarle á usted y de que le hablé en mi anterior, de modo que desde el 1º del próximo Octubre podrá usted cobrar del Sr. D. J. L. de Abarca y Uribarren, el banquero de Pepe Alfonso (102 Rue Richelieu) la asignacion mensual de 1.000 francos. Mezquino, es verdad, es el homenaje que rendimos á quien ha consagrado una vida entera á la causa de su patria; mas usted no dejará de acogerlo benévolamente conociendo como conoce la cordialidad con que se lo ofrecemos. Hé aquí los nombres de los contribuyentes: D. Miguel de Aldama, \$25,50: D. José Maria Herrera y Garro, \$17: J. F. Calderon, \$17: J. R. O'Farrill. 17: G. Alfonso, 17: A. Nattes, 17: E. Santa Cruz de Oviedo, 17: M. Ajuria, 17: R. Fernandez Cria-

do, 17: José Ibarra, 17: J. Valdés Fauli, 17: J. Manuel Mestre, 17.— Como verá usted no hemos tenido necesidad de hacer efectiva la cooperación de Rafael M. de Mendive.

Valdés Fauli me encarga mil recuerdos afectuosos para usted. Según dice escribió á usted recientemente sobre la visita que pensaba hacer á usted en Bayona D. Salustiano Olózaga. El mismo Valdés Fauli me ha dado la adjunta dirigida á D. Carlos Sedano por Asquerino para el conocimiento y gobierno de usted. A lo que parece Asquerino conoce mucho á Carlitos Sedano.

El artículo de Asquerino sobre Don Pepe nos ha gustado en extremo. Bien se conoce que ha sido inspirado por quien quería con el corazón á nuestro inolvidable amigo. Deseo muchísimo que usted escriba algo sobre Luz: más le diré: á usted es á quien corresponde ese deber y ese honor. Averiguaré lo que usted me encarga sobre la Sociedad Económica, y procuraré proporcionarle los datos y materiales relativos á Don Pepe, de que me habla. También le remitiré sin tardanza el último censo de Cuba que me pide.

Estoy muy de acuerdo con los propósitos de usted respecto del artículo de Ruiz de Leon. Este señor, es una especie de descubridor de minas que hace algo se ha aparecido por estos barrios, buscando la vida. Me alegraría, sin embargo, de que usted le diera como de paso una buena dentellada, siquiera para dejar establecido que usted rechaza las interpretaciones que se ha permitido hacer de las tendencias de usted.

Usted me pregunta si subsiste ó nó la idea del periódico, y á ello responderé que la idea subsiste; pero que en mi opinion no ha de realizarse sino pasado algún tiempo, tal vez mucho. Por esa razón Valdés Fauli y yo no hemos querido que esté usted atendido al proyecto de periódico y hemos arreglado la subvención mensual que se sostendrá mientras podamos. Lo que es la voluntad usted sabe que nos sobra. Si el periódico se llevase á cabo, nosotros no pensamos en nadie más que en usted, y si llega á ser puesto á su cargo, que es lo que debe ser, entonces cesará la asignación mensual, para ser sustituida por otra subvención que ojalá fuera mucho mejor, para que pueda acercarse á lo mucho que usted merece de todo buen cubano.

P. S. Por conducto de Beato le he remitido dos ejemplares de un tomito que he publicado bajo el título de «Filosofía en la Habana.» Me gustará mucho que pueda merecer la aprobacion de usted.

Habana y Octubre 6 de 1862.

Mi querido Saco: Nada tengo que agregar á mi última carta fecha del 6 del pasado, no habiendo recibido ninguna de usted de entónces acá. Esta pues, solo tendrá por objeto el remitirle los adjuntos cuadros estadísticos, satisfaciendo el deseo que me manifestó usted en su grata de 12 de Agosto. El manuscrito me lo ha proporcionado Valdés Fauli, quien lo consiguió de José Maria de la Torre. El impreso lo ha publicado la Gaceta muy recientemente y es obra de su cuñado de usted Pepe Frias. Desco que esos documentos sirvan para el objeto que usted se propone; pero si así no fuese, avise usted y pida, que aquí me tiene á sus órdenes.

Reciba usted un apretado abrazo por el último artículo de «La América.» Está magnífico; y esto no solo para mí, sino para todo el mundo. Es una página interesantísima de la historia de Cuba; y habiéndola escrito usted á la vez testigo y actor de los sucesos, no podía ménos que ser acojida con el mayor aplauso. Le aseguro á usted que así ha sido, pues no ha llegado á mis oídos, ni una sola palabra de contradicción.

Innecesario me parece hacerle la crónica del día, teniendo entendido que Valdés Fauli le escribe á usted por este mismo correo, y estando casi seguro de que ha de hablarle sobre el pequeño discurso pronunciado por el General Serrano en la apertura de la Universidad, y de la agradable impresion que produjo en su auditorio. Realmente fueron gratas y buenas las palabras de Serrano, que es muy digno de las alabanzas que usted le dedica en su último artículo. Yo, sin embargo, le he encontrado un pequeño defecto, en cuanto tienden á hacernos creer que esta es por lo ménos el paraiso terrenal. El *Diario de la Marina* se apoderó por supuesto del tema y nos propinó sobre él unas

variaciones brillantes, letra del poeta Serrano, música del maestro Acevedo (nuevo Director de «El Diario»). Malo será que la Metrópoli encuentre tan feliz á la Isla de Cuba, que deje de considerarse en el deber de mejorar su condicion. Memorias &

Habana y Marzo 7 de 1866.

Mi muy querido Saco: En deuda estoy con usted y voy á pagarsela en cuanto me lo permita la última hora del correo; y desde luego comenzaré por acusarle el recibo de su muy grata del 21 de Diciembre. La importancia de la comunicacion que por ella me hacía usted ha dado á esa carta un interés especialísimo, y como usted mismo me decia que tanto era para mí como para todos los demás amigos, la he dejado circular entre los apasionados de usted, que no son pocos por cierto. Y á fé que las líneas de usted no hubieran podido llegar más oportunamente, porque en aquellos momentos todo el mundo estaba ansioso de saber lo que Saco pensaba acerca de nuestra situacion y de nuestras cosas. Todos han considerado fundadísimas las razones dadas por usted para no aceptar el ofrecimiento del Duque de la Torre; mas en el concepto de muchos esas razones no son enteramente aplicables al nombramiento de comisionados, porque por más que sea evidente la mala fé con que el Gobierno procede en el asunto de la proyectada informacion, por más que, como usted dice muy bien, el Real Decreto de 25 de Noviembre sea un verdadero parto de los montes y un subterfugio para ganar tiempo sin resolver nada, el hecho es que si pudiéramos los cubanos constituir en Madrid un grupo de buenos patriotas, que de un modo oficial pudiesen atribuirse la representacion de esta provincia, ó colonia, ó lo que sea, de ese núcleo es de esperarse que dentro de poco partira un impulso eficaz en beneficio de los derechos de esta desheredada tierra. Es verdad que á los comisionados no se les llama mas que para que respondan congruentemente á los interrogatorios que se les hagan; pero ¿y quién quita que una vez en Madrid y revestidos del carácter que llevan am-

plíen la informacion hasta donde les plazca, muevan la prensa periódica, ilustren la opinion y hagan la luz sobre lo que pasa en estas regiones y sobre las injusticias de que somos víctimas? De esa manera si el Gobierno ha querido chasquearnos pudiera haber echado la cuenta sin la huéspedada, y encontrarse con que el cotarro se menea como les conviene *á ellos*. Por otro lado, si los nuestros abandonan el terreno ¿se dejará de hacer por eso la informacion? ¿no irán entónces comisionados indignos? ¿no se remacharán nuestras cadenas con la aquiescencia y complicidad de los que aparentemente serán los representantes de Cuba y Puerto Rico? Estas consideraciones nos han decidido por la lucha, y no obstante que las instrucciones para poner en planta el Real Decreto denuncia claramente la infame intencion de anular la legítima influencia del elemento criollo en las elecciones, descorazonados sí, pero no vencidos, estamos resueltos á hacer todos los esfuerzos que quepan en nuestros alcances para obtener el triunfo de las candidaturas cubanas, y conseguir que nuestra pobre tierra tenga una representacion en ese asunto que pruebe á los ojos de todos la elevacion de sus miras, la grandeza de sus sufrimientos y la legitimidad de sus reclamaciones. En este estado las cosas no podrá usted extrañar que todas las miradas se hayan vuelto de preferencia á aquel cubano insigne que tanto se ha sacrificado por su patria, y cuyo nombre está escrito en todos los corazones. En casi todos los municipios electores ha ocurrido más ó ménos decididamente la idea de elegirlo á usted para su comisionado: todos, estoy seguro, quisieran tener el honor de que usted los representase; mas ya porque algunos han temido que recíprocamente se entorpecerian fijándose varios en el nombramiento de usted, ya porque el partido peninsular ó negrero recelando de la superioridad de usted considera oportuno contrarrestarla, ya en fin por haberse esparcido la idea de que usted no se mostraba dispuesto á aceptar la comision, el resultado será probablemente que solo en dos ó tres ayuntamientos se trabajará con insistencia por nuestra más apetecida candidatura. Matánzas y Cuba se ocupan mucho de ella. Para la Habana se habla, por la gente de aquí se entiende, de Manuel de Armas (en transaccion) y de Morales Lemus, el buen cubano, inmejorable bajo de todos conceptos. Háblase tambien

de Echeverría para Colon: de Azcárate para Güines: de Bravo para Sagua la Grande: de Calixto Bernal para Remedios: de Fernandez Bramosio para Villa-Clara. Suenan asimismo los nombres de Rodriguez, Angulo, Betancourt, Jorin y otros. Entre esa gente la hay muy buena, Saco, y si la mayor parte de ella saliese de las urnas, usted figuraría dignamente á la cabeza de todos, y Cuba no podria menos que explotar de un modo ó de otro las ventajas que de la combinacion que de tan buenas entidades debemos esperar. Una palabra y concluiré sobre esto: nos congratulamos con la idea de que, si usted resultase nombrado por algun ayuntamiento y se encuentra para su comision con una compañía decente, no ha de negar á su querida pátria su valiosísima cooperacion en los momentos críticos que atravesamos.

Volviendo ahora á las injurias que del Gobierno con más fresca fecha tenemos recibidas, esto es, á las instrucciones para ejecutar el Real Decreto de 25 de Noviembre, le diré que con el objeto de privar de preponderancia á los del país, se ha modificado la clasificacion vigente para los electores municipales y disminuyendo el número de éstos en los grupos de contribuyentes por la riqueza urbana y rural y por las profesiones, se ha hecho un gran aumento en el de los comerciantes é industriales. Ya usted me entiende. Los municipios de la Habana y de Cárdenas reclamaron con verdadera dignidad, pero el Gobierno sostuvo con aspereza su resolucion, produciendo como usted puede sospechar un profundo y sordo descontento. Mucho siento que la premura con que le escribo no me permita entrar en más pormenores sobre este punto interesante; mas Angulo tiene en su poder, remitidos por mí, varios documentos que sin duda comunicaría á usted con mucho gusto, y de que le convendria á usted estar al corriente. Ellos le darán á usted una prueba más de la imprevision y ceguedad de este Gobierno, que con su conducta ha dado margen á que se establezca una Sociedad Republicana en Nueva York y á que vuelva á dar señales de vida, como está dando ya, el fénix del anexionismo. Cuando Dios quiere perder á uno le trastorna el juicio, y eso es lo que más de una ocasion ha hecho con nuestra Metrópoli. Ya le hablaré á usted más despacio sobre el particular.

• Esperamos el anunciado artículo sobre la exclusion de los diputa-

dos por las provincias de Ultramar en 1837, que será tan sustancioso como todos los de usted. Y á propósito, ¿en qué ha parado la reimpression de las cartas al famoso Seijas Lozano, de que me hablaba la suya del 30 de Agosto? No la deje usted de mano, por Dios, que todos queremos conservar aquel excelente trabajo.

Le doy la buena noticia de que al fin y despues de mil dificultades rescaté los extraviados ejemplares de su tercer tomo. Ya los tenían nada ménos que en el depósito de mostrencos. Hecho el arreglo de esos libros, resultan en mi poder 200 ejemplares completos. Tengo además 28 del primer tomo y 65 del segundo en buen estado; y 27 del primero y 13 del segundo bastante deteriorados. Miétras llegan las órdenes de usted pienso irlos vendiendo al antiguo precio de media onza.

Acabo de recibir otra de usted fecha 5 del pasado, y deploro las indisposiciones que lo han hecho sufrir. Me alegro por otro lado de que le haya agradado mi brindis. Perdóneme usted si las circunstancias me obligaron hasta cierto punto á unir con otro nombre, por respetable que sea, el nombre de Saco; bien sabe usted que con ésta ninguno en estos tiempos pudiera equipararse para los verdaderos amantes de Cuba.

Habana Abril 7 de 1866.

Mi muy querido Saco: Por el anterior correo inglés escribí á usted largamente (Marzo 7); y hoy vuelvo á dirigirle otra, si bien muy de carrera, para comunicarle el éxito de las elecciones para Comisionados, aunque creyendo que al recibo de ésta ya habrá llegado á sus manos la que por vía del Norte le remitió nuestro José Antonio Echeverría.

Hemos obtenido un triunfo inesperado en la mayor parte de los Municipios, á pesar de tantos pesares. En primer lugar, usted ha salido nombrado por Cuba. Además Morales Lemus ha salido por Remedios; Calixto Bernal, por Puerto Príncipe; Pepe Alfonso, por Matanzas; Fernandez Bramosio, por Cárdenas y Villa-Clara; Azcárate, por Güines; Manuel Ortega, por Pinar del Rio; todos los cuales son reformistas

decididos. Por Guanajay, ha salido Rodríguez Ojea; por Sagua la Grande, el Conde de Vallengano; y por Cienfuegos, el rico venezolano don Tomás Terry. El único peninsular de la comparsa es el de Holguín, que es un catalán llamado don José Munné y Nugareda, que según parece nunca las ha visto más gordas. Los de Guanajay, Sagua y Cienfuegos, son susceptibles de la influencia de reformistas, sobre todo el primero y el último, porque el Vallengano no pasa, según me han dicho, de ser un figurón de archicofradía. También es nuestro, sino estamos equivocados, Iznaga del Valle, comisionado por Sancti-Spíritus, que ya se me pasaba por alto.

Solo faltan pues las votaciones de Colon y de la Habana, que fueron suspendidas por causas diversas; y señaladas para mañana. En Colon esperamos que salga Echeverría, y en esta ciudad nuestra candidatura es Pozos Dulces con Manuel de Armas ó con Pepe Jorriñ, pero siempre Pozos Dulces. Los contrarios votarán, se dice, por San Martín y Durán. Las elecciones de la Habana nos dan muy poca esperanza, porque en estas listas electorales predomina el elemento anti-cubano. También esperamos colocar uno de los nuestros en Villa-Clara, donde hay muy buena gente, cuando Bramosio opte, como optará por Cárdenas. Pepe Alfonso ha manifestado que por una cuestión que considera de delicadeza, en la que no tengo tiempo de entrar, renunciará la comisión de Matanzas. Veremos lo que se hace.

Y ahora, Saco, lo que falta es que usted no desaire á su fiel Cuba. Le reitero cuanto sobre esto le dije en mi anterior, y le agrego que en ello soy el eco del sentimiento del país. Usted es el natural jefe de nuestros comisionados; no renuncie usted á acompañarlos y á dirigirlos con su inspirado patriotismo. Pero lo mejor será que usted lea el recorte del Siglo que le envío. Usted no puede desairar á Santiago de Cuba. Mucho menos si se atiende á que no saliendo usted infaliblemente saldrá un peninsular, porque así lo sabemos de un modo positivo.

— — —

Habana Enero 30 de 1867.

Mi muy querido Saco: Sea para usted mi primera carta de este correo, y sirva de contestacion á las últimas que de usted he recibido. Empezaré diciéndole que la noticia de haberse usted decidido á aceptar el nombramiento de Comisionado por Santiago de Cuba produjo la mas grata impresion entre nosotros. A usted lo consideramos como el legítimo gefe de los cubanos ante la informacion, pues el llamado partido concesionista ó reformista no es otra cosa que el resultado de la victoria de las ideas de usted sobre las de los anexionistas, el fruto de aquella semilla que con tanto valor sembró usted en los mas difíciles momentos. No es, pues, de extrañarse que considerasemos la falta de usted en esa junta como un inmenso vacío, y que le hayamos agradecido infinito á Bravo el haber allanado las dificultades relativas á las dietas que entorpecieron algun tanto el viaje de usted á esa córte. ¡Cómo nos gustó la comunicacion al Ministro de Ultramar. Estoy seguro de que al ser leida, como lo fué en la primera sesion solemne, aquel eco de la querida voz de Saco, que á pesar de sus años y de sus dolencias, prometia sacrificarse como siempre por Cuba, debió estremecer profundamente el corazon de los buenos cubanos allí congregados. Por desgracia, y no obstante los esfuerzos que por acá hemos hecho, veo por la de usted del 12 de Diciembre que aún no ha recibido del Ayuntamiento de Cuba *un solo maravedí*; pero bueno es que usted sepa que á la mayor parte de los Comisionados les estará sucediendo lo mismo, y que en ello no tanto tiene la culpa en la mayor parte de los casos nuestra mala organizacion municipal, como la peor voluntad con que estos gobernadorcillos de jurisdiccion ponen obstáculos al cumplimiento del deber impuesto á los ayuntamientos con motivo de la Informacion. No hay, pues, que darle carácter y trascendencia al particular de las dietas; puedo asegurar á usted que no tiene ninguna especie de significacion política, y de ello tengo una prueba muy á la mano con lo que nos está sucediendo á los amigos de Azcárate con el cobro de la subvencion que debe pasar á éste el municipio de Güines.

¡Me atreveré á decirle ahora lo que siento sobre el retraimiento en

que se ha mantenido usted respecto de los trabajos de la información? Confieso que desde que tengo el gusto y el honor de tratar á usted, me he acostumbrado tanto á quererlo y respetarlo que se me hace muy embarazoso el combatir con llaneza su modo de pensar ó su conducta. Siempre me preocupa la idea de que usted debe tener la razon en todo lo que dice ó hace. Mas hablándole francamente, por mucho que me cueste, no debo ocultarle que la posicion de reserva en que usted se ha situado, no solo se estima generalmente como infundada, sino que ha dado márgen á mil interpretaciones, á veces descabelladas, y sido explotada de torcida manera por ciertas entidades. Se ha dicho que usted *se ha separado de los comisionados reformistas de Cuba*; pues lo que es peor, se ha creído que esto podia ser por no prestarle su apoyo en sus aspiraciones referentes á la extincion mas ó ménos remota y gradual de la esclavitud. Se ha indicado que cuando usted relacionado con grandes propietarios de esclavos en Cuba, se abstenia, quizás era por que éstos no podian ver con buenos ojos las manifestaciones de los que llamándose sus legítimos representantes, (esto es, *los nuestros*) estralimitaban sus facultades y falseaban los deseos y sentimientos de las clases conservadoras en esta provincia. Por mi parte, creyendo conocer las ideas de usted sobre la horrible institucion, que constituyendo nuestro pecado, es tambien nuestro castigo afrentoso; y en el concepto de que nada han podido hacer *nuestros* comisionados que sea *más honroso* para Cuba ante la Europa civilizada, ni que le prepare mejor las vias del porvenir, que protestar contra la solapada intencion de perpetuar sobre la frente del cubano esa asquerosa mancha negra que lo hace indigno de la felicidad; pensando ademas que usted nunca tiene porque disimular ante *los suyos* los motivos que lo impulsan en cualquier sentido que sea; he sostenido con todos y en todas partes (déjeme usted decírselo) que si usted no ha asistido á las conferencias solo ha sido por la razon política, equivocada á mi juicio, de encontrar cierta incompatibilidad entre el comisionado por la Junta de informacion y el antiguo Diputado á Córtes. Yo resumo de esta manera la actitud de usted. El ser una *farsa* lo que se está haciendo con Cuba no es de suponerse que influya en la determinacion de usted, porque todos los otros comisionados *nuestros* lo saben tambien perfec-

tamente, y es la opinion al parecer más acertada que lo más conveniente para el país es no desperdiciar ninguna coyuntura por donde se pueda adelantar en la propaganda de las buenas ideas y la educación liberal de los enternecidos cubanos.

Cumpliendo con el encargo que me hace usted en su última del 27 de Diciembre, he hecho circular bastante el papel adjunto á la misma en que se vean las comunicaciones dirigidas por usted á la *Política*, que no pudieron pasar por esa Censura.

Mucho siento el estado de la salud de usted, y deseo muchísimo que los achaques lo hayan dejado más tranquilo, una vez pasado el cambio de estación. La salud de usted nos es preciosa como amigos y como paisanos, y quisiéramos verla completamente restablecida para alegría nuestra y bien de todos.

Habana Julio 6 de 1887.

Mi muy querido Saco: Han llegado á mis manos las gratísimas aunque breves letras de usted y asimismo he recibido el voto particular de usted para la junta de información. No tengo á la vista la que me dirigió remitiéndome ese importante documento porque habiéndola hecho circular según el deseo manifestado por usted se encuentra hoy en poder de Valdes Fauli.

Mucho siento los achaques que usted sufre y la pena que le habrá causado la enfermedad de Aurelio, cuyo completo restablecimiento espero que haya calmado las justas ansiedades de usted. Dios quiera que la próxima que de usted llegue á mis manos nos traiga las mejores noticias sobre su salud y la de toda la familia. La mía, en la cual por supuesto figura en lugar muy preferente D. Gonzalo se halla perfectamente, y ainda mais aumentada con una pequeña Rosa que Paulina ha dado á luz en estos últimos días con toda felicidad. Ahí tiene usted esa criadita más.

El voto de usted oponiéndose á la admisión de diputados á córtes por las provincias ultramarinas ha sido leído con extraordinario inte-

rés, corriendo rápidamente de mano en mano y casi arrebatándose los unos á otros. Desde luego puedo decirle que todos han encontrado en él aquel sello de profundidad y solidez que distingue todos los trabajos de usted aquella fuerza de argumentacion que tantos contrarios ha echado por tierra, en términos que bajo ese concepto la opinion general puede resumirse en esta frase: «Como cosa de Saco.» Pero hablándole á usted con la franqueza que le debo le agregaré que considerado el trabajo bajo el punto de vista de su objeto, de su oportunidad y de sus resultados prácticos los juicios han sido muy varios. Donde ha recibido la más cordial acogida ha sido entre los viejos filibusteros, recalcitrantes y antireformistas: ellos deducen del voto de usted que de España nada debe esperarse y que por lo tanto es perder el tiempo pedirle algo como lo hacen los reformistas los cuales creyéndose discípulos de usted en cuanto al punto fundamental ó sea el de que deben procurarse reformas en el sentido español resultan desautorizados en su artificial situacion. Algunos piensan que el trabajo de usted, excelente como obra aislada, produce en la informacion un resultado deletéreo, porque dándole al gobierno razones poderosas para creer que si los diputados no convienen á Cuba tan poco le convienen á la metrópoli y puesto que no hay que pensar en que esta conceda las libertades consecuentes á una completa autonomía provincial, el desenlace seguro será que el gobierno no otorgue ni poco ni mucho dejándolo todo *in statu quo*. Otros deploran que usted no haya entrado decididamente en la gran cuestion de la esclavitud á fin de que estos propietarios, por medio de la convincente y respetable palabra de usted, vayan comprendiendo que la hora de la emancipacion de los siervos no está ya muy lejana; con lo cual se salvará esta isla de alguna lluvia de fuego como las que en otros tiempos se usaban, ó de alguna gran rajadura como aquella por donde se sumieron Datan y Abiron. Mas á vueltas de todo no hay quien no reconozca la importancia del parecer emitido por usted y no aplauda su mucho mérito.

Por mi parte, creyendo como siempre he creído que el olmo no puede dar peras y considerando que la verdadera base de nuestra obra liberal estriba en el movimiento y en la propaganda de la idea, no

puedo ménos que celebrar cualquier vibracion de la cuerda del patriotismo que jamás quisiera ver adormecida. ¿Y cuál es el verdadero sentimiento cubano sino es el anti-español? Mucho pudiera decir sobre este tema con relacion al voto, mas vale mejor callar; y me limitaré por tanto á aguardar con impaciencia las ampliaciones que usted me anuncia en su última carta fecha 31 del próximo pasado Mayo.

Habana Mayo 14 de 1868.

Mi muy querido Saco: con el deseo de contestar largamente á sus siempre gratas letras del 31 de Agosto, he ido postergando la debida respuesta, y hoy después de todo me veo en el caso de escribirle de carrera para enviarle la adjunta del Sr. Solórzano de Santiago de Cuba. Sea usted indulgente con quien por tener mucho que hacer le escribo poco, queriéndolo y estimándolo estremadamente.

El Sr. Solórzano, que es cliente mio, y segun creo peninsular, me ha hecho el servicio de atender al asunto de usted con tal espontaneidad y eficacia que verdaderamente debemos quedarle muy obligados.

Recibí el papel que usted me remitió por medio de Juan Mendive, y lo leí con el gusto con que siempre leo todas sus cosas. Ahora se ha publicado clandestinamente la coleccion de los trabajos de la famosa Junta. El libro es un documento precioso é interesante; pero qué dolorosas ideas asaltan al pensar en que no obstante hallarnos tan ricos de razon hemos de vernos siempre tan infamemente tratados.

¡Ah sí como tenemos odio, tuviéramos fuerza! Mas estamos condenados á vivir entre las puntas de un horrible dilema: entre la abyeccion del reptil y el sacrificio de la expatriacion. Y la peor de nuestras desgracias es que en el cieno en que nos arrastramos, mal pueden haberse adquirido virtudes viriles.

Todo revela en nosotros la presion que nos empequeñece y aniquila.

New-York Setiembre 17 de 1959.

Mi muy querido Saco: ¿Qué dirá usted de mi prolongado silencio? Pronto hará un año que recibí la última de las siempre gratas de usted. De entónces acá cuantas cosas han pasado en nuestra Cuba! Aquella sufrida esclava que de rodillas se arrastraba pidiendo no justicia, que eso hubiera sido pedir demasiado, sino clemencia; aquella colonia que se hubiera tal vez satisfecho con las concesiones mezquinas de un gobierno moderado histórico á la española; aquel pueblo sumiso, humilde, casi indiferente ya á fuerza de sufrir; dejando de repente á un lado toda vacilacion, todo temor, se ha levantado contra sus inícuos opresores mostrando la energía de la desesperacion. Es que la medida del sufrimiento llegó á colmarse con insoportable exceso. Cuba lo único que dice ahora es vencer ó morir.

Todavía en los primeros momentos de la revolucion española hubo posibilidad de transaccion. Ya usted sabrá lo que me pasó con Lersundi, y si no lo sabe yo se lo comunicaré en cualquiera otra ocasion. Dulce llegó tarde. Nos encontró á todos comprometidos y lanzados en la revolucion. Habían pasado ya los tiempos de la asimilacion y de la autonomía, y de las concesiones. Cuba había decidido buscar en las armas la resolucion de su problema, y se resignó á conseguirlo al través de todos los sacrificios. Echeverría podrá referirle cuanto ha sucedido despues. Ya tenemos una bandera bautizada con sangre en los campos de batalla; ya hemos saboreado la dicha de ver castigado al déspota Español en su insensato orgullo; ya estamos por fin, en el encarnizamiento de la guerra á muerte. Como Cortés hemos quemado las naves; y el patriota que no está en los campamentos, ó se dispone á empuñar la espada, ó trabaja por obtener del noble pueblo Americano y de los otros pueblos libres de este continente la ayuda que los combatientes necesitan

He ahí la razon, mi querido Saco, que me obligó á salir de la Habana desde el último Marzo. Pero el motivo que para no escribirle he tenido ha sido, primero, la gran preocupacion en que he vivido durante el principio de la lucha; y despues la grave enfermedad que

aquí he sufrido, con todas sus consecuencias. Aún no estoy completamente restablecido y no dejan de asaltarme temores respecto al próximo invierno. Veremos.

En estos momentos estamos animados por la esperanza de que este gobierno reconozca pronto nuestra independencia. Si así fuere nuestra cuestión es cosa concluida. Lo de la cuádruple alianza con que están haciendo el coco los agentes españoles, es un verdadero *canard*. España..... en su quijotismo que según parece se niega á entrar en arreglo con nosotros mediante indemnización. Mejor; así nos costará menos el ser libres. Los Cubanos están decididos á serlo á toda costa; y aún sin protección extraña cuentan con que han de echar á los españoles..... De ningún modo consentirán que España siga sacando de nuestro propio país y de nuestros propios bienes los recursos para hacernos la guerra. A bien que está probado que la caña es un excelente combustible y que la esclavitud es también materia muy inflamable. Nosotros por otro lado hemos empezado nuestra revolución con un acto de santa justicia: la abolición de la esclavitud. Dios nos ayudará, ya que espontáneamente nos hemos preparado para entrar en la comunión de los pueblos civilizados lavándonos la mancha de nuestro horrendo pecado. Dios nos ayudará!

Remitiéndome otra vez á Echeverría para pormenores, concluiré ésta con la pena de decirle que las circunstancias y estado de nuestro país y de nuestros amigos me han puesto en el doloroso caso de reducir la ofrenda patriótica que usted ha estado recibiendo desde hace algunos años por mi conducto. En medio de todos los conflictos jamás desatendí el deber para mí sagrado de procurar que esa ofrenda llegase puntualmente á manos de usted. Pero en los actuales momentos tropiezo en mi espontáneo encargo con obstáculos á veces insuperables. Usted comprenderá y aceptará sin duda estas esplicaciones.

JOSÉ MANUEL MESTRE.

ESTUDIO SOBRE LAS OBRAS DE LOPE DE VEGA.

CAPITULO VII.

CARACTERES GENERALES DE SUS PRODUCCIONES DRAMATICAS.

Condicion primera y principalísima de la composicion dramática es el interés de la accion que desenvuelve, que se alcanza por medio de la combinacion de situaciones sucesivas donde las pasiones humanas y los afectos de cada corazon aparecen formando bellísimos contrastes con todo el relieve que dá la poesía. Esta ley superior, este inflexible precepto literario no comprendido por la didáctica rudimentaria de Torres Naharro y Juan de la Cueva, reclamaba perentoriamente cierto apartamiento de los clásicos: puede afirmarse sin menospreciarlos, pues no niega esta aseveracion el indisputable mérito de los antiguos, queriendo significar únicamente que existe notable y hoy reconocida diferencia entre la civilizacion de aquella época y la que presidió el desarrollo del romanticismo; entre la civilizacion pagana donde predominaba el fatalismo que llevó los dioses á la escena, y la civilizacion cristiana que predicaba la doctrina del libre albedrío que habia de trascender á la literatura dramática, la cual no podria

cumplir la ley del interés reproduciendo exóticos asuntos de la vieja Grecia y de la vieja Roma, de aquellas desmoronadas y muertas sociedades desconocedoras del moderno individualismo y que buscaban en el teatro la sátira política y las agitaciones de la vida pública. No; la literatura cristiana no podía representar á Agamenon asesinado, á Ifigenia en las riberas de la patria por fatalidad de su destino; ni podía ofrecer á su auditorio el rayo de Júpiter derribando á Prometeo y encadenándole á la colosal montaña; ni podía repetir las convulsiones espantosas del alma de Edipo matador de su padre, criminal esposo de su madre, suicida delirante que buscaba en el seno tranquilo de la muerte el último refugio contra las tempestades indescriptibles del espíritu: y ménos podía hacer todo esto en un pueblo como España fortificado en su fé religiosa por una lucha de siete siglos memorables contra los enemigos de la cruz. Tampoco le era dado representar como Terencio y Plauto los vicios de una plebe y de una aristocracia que habian muerto sin reproducirse en nuevas sociedades con idénticos aspectos; ni ejercitar en el proscenio la sátira de Aristófanes que ridiculizaba á los gobiernos, porque heriria sin consideracion el acendrado amor de la nacion á sus monarcas que reconquistaron la patria perdida por Rodrigo en Guadalete y que halagaron al estado llano procurándose alianzas para robustecer su poder contra los nobles. No: lo que podía, lo que debia hacer era ajustarse á las ideas y á los sentimientos nacionales, no porque se recomiende al arte la adulacion del gusto general, que esto sería degradarlo y envilecerlo, sino porque los sentimientos nacionales, cuando son nobles, dignos y elevados, merecen ser el manantial precioso á donde acuda la imaginacion ardiente del poeta. Siendo esto así, lo que debia considerar el poeta español era aquel pueblo que tenía delante, lleno de fé religiosa y de exaltado patriotismo, poseido de aquel espíritu cabelleresco que dió vida á las nobles ideas de valor y de lealtad, que inspiró á los corazones la amistad firme y sincera fortalecida con juramentos inviolables, el amor puro y delicado, la galantería refinada y la sensibilidad exquisita del honor, guardado con la espada y arrogantemente sostenido en el mayor peligro con enérgica altivez. Hé aquí un rico y abundante arsenal para formar tramas de interés vivísimo, hé aquí el por qué del mere-

cido éxito de Lope que supo emocionar al público retratando sus costumbres é idealizando sus lances amorosos con los colores de su fecunda fantasía, con su *mens divinius*, con aquella ságrada inspiracion que no se compra con el esfuerzo de la voluntad, como no pudo comprar Simon el Mago el espíritu de Dios cuando ofreció á Pedro sus caudales en el camino de Samaria (1).

Fáltale á Lope la trascendencia filosófica que es el indeleble sello de la sublimidad de Hamlet y de Segismundo. Sus comedias que llamó *filosóficas* Alberto Lista, siendo las más débiles del autor que las produjo, no alcanzan ni la altura de las de Alarcon. Pero como lo sublime no niega la existencia de lo bello, se nos ocurre que la falta de trascendencia del teatro que examinamos, aunque determine una inferioridad relativa que no desconocemos, dista mucho de ser sólida base para una acusacion severa y enérgicamente formulada.

Lo que dá ocasion á censuras muy fundadas es el defectuoso desenvolvimiento de sus planes, que tanto desvirtuó sus fábulas más ingeniosamente concebidas. Se ha dicho con razon que es el autor dramático que tiene más escenas bellas y ménos dramas buenos; y es que para escribir escenas bellas basta la inspiracion del poeta, y para la perfeccion de la obra se necesitan la armonía, la proporcion y el enlace de las partes, y otras condiciones numerosas á que sólo atiende quien medita y mide el alcance de cada detalle con la suficiente cal-

(1) ¿Dirémos de la aplicacion de los preceptos clásicos del drama lo mismo que de la imitacion de los asuntos de aquel viejo teatro, delicia de los literatos eruditos? ¿Elogiarémos á Lope por abandonar sin escrúpulos completamente aquellas reglas que aún los humanistas colocaban como férreo círculo en derredor de la libre fantasía? Tenemos que descender á juiciosas distinciones para responder, porque si Lope obraba con acierto prescindiendo de los cinco actos justos que requería la poética de Horacio, y de los consejos arbitrarios sobre el número de personajes, tomábase en cambio una licencia sin disculpa, atropellando la unidad de accion, dando demasiado desarrollo á sueltos episodios que no encajan siempre bien en la totalidad del cuadro, zurciendo otras veces escenas inconexas que acusan un vituperable desarreglo, desatendiendo muchas con exceso las unidades de tiempo y de lugar, que si no se conservan todavía para la crítica sensata aquella inconveniente inviolabilidad que le atribuyeron los antiguos y sus adoradores de la época moderna, tendrán eternamente su fundamento racional en la ilusion perfecta á que el arte dramático sin interrupcion debe aspirar, recomendándose por largas consideraciones de verosimilitud y conveniencia al moderado respeto de los más autorizados por su genio para gozar de amplias libertades.

ma. Y Lope no hacía esto; en su sistema no entraba el orden para nada; la reflexion habia desertado de su espíritu: forjaba un argumento hermoso con su inventiva prodigiosa, descubria con su intuicion artística su fase más brillante y arrojaba todos sus colores en un punto, amontonando luego versos sobre versos sin descanso hasta el final. Resultado de esto eran los nudos imperfectos, la colocacion arbitraria de entreactos que no corresponden á etapas distintas de la accion, los movimientos no justificados, los desenlaces vistos ó violentos; en suma, la marcha irregular de una obra que prometia más al comenzar, y que defrauda siempre al crítico aunque haya logrado el momentáneo éxito.

Estos defectos del plan no deben confundirse con la falta de argumento que otros atribuyen á la mayor parte de sus obras. Hay, en efecto, comedias de Lope que carecen de trama, principalmente las sagradas y de santos: en este campo, como en todo el campo de la historia se expondrá siempre el dramaturgo á desarrollar asuntos que no encierran verdadera trama, propios para otro género literario, aunque se llevan equivocadamente al teatro para realizar la apología de una figura. Lope tropezó con el escollo de explotar el arsenal sagrado; primero por no estar ocioso cuando por vanos escrúpulos la cédula de Felipe II cohibió la representacion de lo profano; despues porque gustaba al pueblo aquellos asuntos, y porque su carácter sacerdotal le obligaba á aquella fecunda y fructuosa propaganda. En las comedias de capa y espada y en las de costumbres formó más complicadas tramas: complicadas á veces con exceso, dando en el extremo de inextricables laberintos (1).

Pero volviendo al plan, nosotros reconocerémos siempre que hay en los nudos de sus comedias, no obstante sus defectos, más artificio del que hasta entónces mostraron los poetas y un adelanto muy sensi-

(1) Nos ha extrañado cómo explica un autor el defecto de Lope en lo que concierne al argumento. Dice D. Pedro de Alcántara García (*Historia de la Literatura española: segunda parte de los Principios generales de la Literatura*, por D. Manuel de la Revilla) que en la mayor parte de las obras de Lope el argumento «no nace del choque de afectos sino que está preconcebido:» y más abajo que «la accion no se produce generalmente por la colision de afectos, sino de un modo fatal, por la intervencion de hechos anteriores y superiores á la voluntad de los personajes, lo que amen-

ble en la exposicion del argumento que realiza por medio de los mismos personajes, rompiendo por completo con la tradicional costumbre de las loas, prólogos desprendidos de las obras para poner en autos al espectador de una manera impropia, privándole, por imperdonable falta del ingenio, del legítimo placer que proporciona ver el asunto desarrollándose espontáneamente con el calor y movimiento de la escena por la interesante marcha de la accion que se desenvuelve poco á poco. Añádase á esto que son las exposiciones de Lope lo más inspirado de sus piezas, como fruto del primer impulso que luego le falta con frecuencia haciéndole terminar de prisa y mal.

Más feliz que en la conduccion del argumento fué Lope de Vega al trazar los caractéres, superando una dificultad que no es de las menores en su género. Hay necesidad en la obra dramática de que cada persona esté por su lenguaje, ideas y proceder en armonía con su

gua mucho el mérito de la concepcion poética». Observarémos respetuosamente que puede haber comedias buenas sin que brote la trama de la colision de afectos. Revilla admite tres clases (de comedias propiamente dichas) fundamentales: de carácter, de costumbres y de enredo. Si se admite que la comedia de enredo es género fundamental, lo que en Lope hay por tal concepto no es defecto sino variedad: tiene otras obras donde el interés brota de la colision de afectos, como veremos más adelante, y como el mismo Sr. García lo reconoce, tanto porque la palabra *generalmente* modera su censura, cuanto porque ántes habia escrito estas otras: «El amor, que era considerado como superior á la libertad humana, y la amistad, que tenía tanta fuerza como el amor, son sentimientos bellamente expresados en los dramas que nos ocupan y que *en su choque* con los anteriormente dichos, producen situaciones eminentemente dramáticas y gran *explosion de afectos*, todo lo cual no podia ménos de ser muy del agrado del pueblo que sentia y pensaba lo mismo que Lope», etc.

Ya que aqui hablamos del Sr. García, consignemos que trae en la misma parte una contradiccion aparente; decimos aparente, persuadidos de que el autor tendrá su explicacion correcta para justificar una oscuridad de expresion harto sensible en obra tan eminentemente didáctica. Véase:

Dice que «el carácter de la mujer, la *ternura* y constancia de su corazon..... su manera de sentir *el amor* y los celos todo esto se halla exacta y *magistralmente* expresado en las comedias de Lope.» Esto concuerda con lo ya copiado: «el amor..... y la amistad..... son sentimientos bellamente expresados en los dramas que nos ocupan.» Y sin embargo pugna con esto otro: «Tambien se acusa *con razon* á Lope de falta de sensibilidad, pues en la expresion de afectos dulces *como el amor y la amistad*..... suple la *ternura*..... con la riqueza de fantasía, y sólo está en su centro al expresar sentimientos enérgicos y varoniles». ¿No falta aquí un *aliquando* que como aquel *generalmente* modere la censura? Gil de Zárate dice hablando de Lope: «más tierno que grande, con fezunda imaginacion, pero sin el nervio suficiente».

clase, para que no choque al espectador la impropiedad; es menester que sea cada carácter sostenido en sus peculiaridades hasta el fin, cuidando solícitamente de no engendrar por sostenerlo la monotonía, pues los conflictos que suscita la trama artificiosa y las incertidumbres y vacilaciones que producen en el alma de los que intervienen en la acción, permiten y aún exigen ciertas variaciones y alteraciones de los caracteres que suspendan el ánimo de quien las mira sin que contradigan la línea general con que se dibuja al personaje: tarea espionosa que cuando se desempeña con inteligencia y gusto labra las excelencias más grandes de la obra, porque si el interés que nace de la acción, siempre asegura el éxito ante la generación que la contempla, el que encierran los caracteres magistral y vigorosamente delineados los inmortaliza, como lo demuestran las más preciadas joyas de la literatura universal. Y si tiene tal importancia trazar perfectos caracteres iguales en toda su extensión y en consonancia con el ser real que representan, aplaudirémos con razón á Lope que tantos creó para el teatro dando lecciones imperecederas á los dramáticos posteriores y contemporáneos. Antes de él Lope de Rueda dió vida al tipo del gracioso y á otras figuras de la clase baja; pero el galán enamorado y el austero anciano, el amante poseído de los celos y aquellas damas decorosas y discretas, no habían brotado de ninguna pluma, ni con tanta profusión, ni con tan esmerado arte. Si no han alcanzado el nombre de otros, es porque Lope no concentraba el interés en ellos, subordinándolos al plan general cuyos defectos apuntamos.

Claros ventajas obtuvo también Lope mezclando caracteres serios y jocosos, de cuya unión fecunda brotó el drama moderno como nuevo género que, calificado de intermedio por los preceptistas, ocupa con justicia su lugar entre la tragedia y la comedia propiamente dicha, géneros puros y á la par extremos que un arte ménos llevado de preocupaciones había de enlazar, como se enlazan en la vida práctica el lloro con la risa, como debieron encontrarse un día sobre el mundo los antagónicos caracteres de Héráclito y Demócrito, eternos símbolos de los interminables y maravillosos contrastes del espíritu. Una de tales ventajas es la trama secundaria desenvuelta por personajes de poca importancia que remedan á los otros, artificio agradable y útil

al poeta para combinar enredos, aunque perjudicial si se trazan con igual relieve dos argumentos paralelos que rompen lastimosamente la unidad; y deplorable si se interrumpe en mal punto una accion seria con la interpolacion inoportuna de harto ridículos y demasiado grotescos episodios.

Tiene tambien el drama duras exigencias en lo que concierne al diálogo: pide el espectador razonamientos cortos; cánsase de disertaciones enojosas; quiere que palpite en todo el interés del argumento; huye de aquella languidez á que conduce el frio artificio del lenguaje metafísico ó acaramelado. A esto atendió Lope de Vega con eficacia y con acierto, excediendo á los antecesores, que, cuando más, alcanzaron la soltura y naturalidad del diálogo en lo cómico.

Atendia tambien á enriquecer su obra dramática con todas las variedades de la métrica. Hoy lo reprocharíamos pidiendo mayor uniformidad, bien persuadidos de que existe una clara relacion entre el pensamiento y la forma de expresarlo, y de que determinadas combinaciones de la lírica no se compaginan con la naturalidad que la obra dramática requiere, cuyos versos apénas deben salir del octosílabo, salvo en las composiciones trágicas. Pero entónces era la transaccion hábil del poeta que colocaba para halagar al erudito el endecasílabo italiano juntamente con las formas de la primitiva métrica española saturadas de reminiscencias de romances populares, reminiscencias que no significaban plagio, sino la evocacion franca del recuerdo de coplas y de cantares conocidos que herian en lo más vivo las delicadas fibras del sentimiento pátrio.

Por lo que atañe á la Geografía, á la Historia, á la Cronología, hay que considerarlas echadas por tierra; ni esto intranquilizaba al escritor, ni lo advertia el público, atento á la emocion artística é indiferente á lo demás: bien podian Job y San Juan departir amigablemente en la escena; bien podia inventarse una playa fantástica en Hungría. Consignemos nuestra censura á esta licencia, que acusa á veces ignorancia, no teniendo explicacion ni en las necesidades del enredo ni en el interés de la accion desarrollada.

Brilla en todo lo que hemos ido reparando abigarrado conjunto de excelencias y defectos. Concedemos al contemplarlo que el génio

obligue á perdonar al hombre, mas llorarémos irremediabilmente que no ensayara el hombre un gigantesco esfuerzo para dominar los desbordamientos de su genio. ¡Lástima grande que no aprovechase aquellas dotes excepcionales! De Lope dramático hay que decir lo que de Lope lírico, de Lope épico; es un modelo por su desigualdad muy peligroso.

Dirémos tambien para concluir este capítulo que es, en nuestra opinion, humilde condescendencia suma de Duran la que descubre cuando concede á Lope por lo que refleja su teatro «un sólido saber». El sólido saber, si damos todo su valor á las palabras, representa algo más científico que la superficial cultura que amontona desordenados rudimentos teológicos, jurídicos é históricos. Quien no tuvo método para producir, mal podia tener regularidad para aprender, y el fruto de una vasta lectura sin perseverante direccion siempre resulta un hacinamiento informe de variados materiales. Ni logró otra cosa Lope de Vega segun la generalidad de sus biógrafos y críticos, ni son pruebas fehacientes del aserto, que la mayoría contradice las citas y los nombres regados por diferentes lugares de sus obras (1).

ADVERTENCIA.

Suprimimos, para no perjudicar á la REVISTA con la excesiva extension de nuestro *Estudio*, los tres últimos capítulos (VIII. Sus tragedias.—IX. Sus dramas.—X. Sus comedias, autos, etc.,) mera confirmacion, por medio del análisis particular de varias obras, de lo que en síntesis se expresa en este VII. Omitimos tambien un apéndice de datos biográficos y otro de bibliografía que fastidiarian al lector.

AURELIO MITJANS.

(1) D. José de Armas y Cárdenas en su *Estudio crítico sobre «La Dorotea»*, hablando de la erudicion de Lope demuestra que desconocia los comentarios de Herrera y de Sanchez de las Brozas á Garcilaso, pues se lamentaba de que nadie hubiese escrito sobre éste. Existian dichos comentarios desde 1580 y 1574 respectivamente.

AMOR Y ORGULLO.

Drama en cinco actos en prosa y en verso, de E. L. Bulwer,
traducido por Antonio Sellen.

PERSONAJES.

<i>Beauseant</i> , rico caballero de Lyon.	<i>Claudio Melnotte</i> .
<i>Glavis</i> , su amigo.	La viuda <i>Melnotte</i> .
El Sr. <i>Deschappelles</i> , comerciante de Lyon, padre de Paulina.	<i>Gaspar</i> , hermano de <i>Claudio</i> .
La Sra. <i>Deschappelles</i> .	El posadero del «Leon ds Oro».
El coronel <i>Damás</i> , primo de la señora <i>Deschappelles</i> ,	<i>Juana</i> , hija del posadero.
	<i>Mariana</i> , doncella de <i>Paulina</i> .
	Oficiales.—Notarios.

La escena pasa en Francia, en la ciudad de Lyon y sus alrededores.—Años 1795-1798.

ACTO PRIMERO.

Sala en la casa del Sr. *Deschappelles*, en Lyon.—*Paulina* reclinada en un sofá.—*Mariana*, su doncella, abanicándola.—Flores y papeles de música sobre una mesa, al lado del sofá.—La Sra. *Deschappelles*, sentada.—Desde la ventana abierta se ven los jardines.

ESCENA I.

La Sra. Deschappelles.—Paulina.—Mariana.

La Sra. Deschp. Mariana, pon la rosa un poco más á la izquierda.
(*Mariana cambia la posición de la rosa en el peinado de Paulina.*) ¡Muy bien! Eso nos dá otro aspecto.... un

no sé qué...! Hija mia, eres á la verdad muy hermosa. ¡Ya se vé! Tienes á quien salir... No me admiro que causes tanta sorpresa y que arrebrates! Viejos, jóvenes, ricos y pobres todos pagan tributo á la belleza de Lyon. Ah! nosotras las madres revivimos en nuestras hijas, sobre todo si poseen nuestros ojos y nuestra fisonomía.

Paulina. (*Con languidez*). Mi querida madre, tú echas á perder á tu Paulina. (*Aparte*). ¡Si supiera quien me envía estas flores!

La Sra. Deschp. No, hija mia. Si te alabo es para inspirarte una legítima ambicion. Has nacido para hacer un matrimonio ventajoso. La belleza tiene ó deja de tener valor, segun el mérito positivo que sepamos darle. (*A Mariana*). Mariana, vé y ordena que pongan el carruaje.

(*Sale Mariana.*)

Paulina. (*Aparte*) ¿Quién será el que me envía todos los dias estas hermosas flores? ¡Cuán frescas son!

ESCENA II.

Dichos.—Una criada.

La Criada. El Sr. Beauseant, señora.

La Sra. Deschp. Que pase adelante. Hé aquí otro candidato, hija mia. Se me figura que tu padre deberia tener un empleado adicional para llevar el libro de cuenta de tus conquistas.

ESCENA III.

La Sra. Deschappelles.—Paulina.—El Sr. Beauseant.

Beauseant. Qué dicha es para mí, señora, hallaros en casa. (*Aparte*). ¡Qué seductora! A la verdad es un gran sacrificio el que

hago al casarme con la hija de un comerciante! deberían agradecermelo eternamente. (*A la Sra. Deschap.*) Señora, espero me permita usted decirle una palabra á su niña encantadora. (*Se acerca á Paulina quien se levanta desdeñosamente*). Señorita, me habia aventurado á abrigar esperanzas respecto á usted y no deben ocultársele los motivos. Anoche, cuando eclipsó usted á todas las bellezas de Lyon, me acabó de conquistar. Usted sabe que mi fortuna es la principal de la provincia, y que á no ser por la revolucion que me ha privado de mis títulos, yo sería noble. ¿Puedo, por lo tanto, confiar en que no desdeñará usted mi alianza? Le ofrezco á usted mi mano y mi corazon.

Paulina. (*Aparte*). Tiene todo el aire de uno que confiere un favor. (*A Beauseant*). Cababallero, es usted muy condescendiente; le doy un millon de gracias, pero comprendiendo mi falta de méritos, espero me permita usted no aceptar el honor que me propone.

Beauseant. (*Le saluda cortésmente y se retira*). No aceptar! imposible! Usted no habla seriamente. (*A la Sra. de Deschappelles*). Señora, permítame usted que apele á su bondad. Soy pretendiente á la mano de la hija de usted: su dote será digna de su belleza y de mi posicion. ¿Podré dirigirme al Sr. Deschappelles?

La Sra. Deschp. El Sr. Deschappelles nunca interviene en los asuntos domésticos. Si fuera usted todavía Marqués, ó si mi hija pretendiera casarse con un plebeyo, en ese caso tal vez podríamos darle á usted la preferencia.

Beauseant. ¡Un plebeyo! Todos ahora lo somos en Francia, señora!

La Sra. Deschp. En Francia, sí; pero no en otros países de Europa, donde aún existen nobles. Estamos plenamente satisfechas de vuestras buenas prendas, y no dudamos que encontrará usted fácilmente alguna jóven más adecuada á sus pretensiones. Siempre nos consideraremos felices en tenerlo á usted por amigo, Sr. Beauseant. (*A Pau*

lina). Mi querida hija, el coche estará pronto á la puerta.

Beauseant. No prosiga usted, señora, no prosiga usted (*Aparte*). ¡Rechazado! Todo Lyon lo sabrá ántes de la puesta del Sol! Iré á sepultarme en mi castillo; estudiaré filosofía, y mandaré al diablo al sexo femenino! ¡Rechazado! Vive Dios que deberian ser enviadas á una casa de Orates. Señoras, á los piés de ustedes.

(*Vase*).

La Sra. Deschp. ¡Qué audaces son estos hombres! Creo, hija mia, que hemos sostenido bien nuestra dignidad. Cualquiera señorita, por inexperta que sea, sabe cómo aceptar una oferta; pero se requiere gran habilidad para rehusarla afablemente y al mismo tiempo con cierto desden. Aprendí esto en el colegio con mi maestro de baile.

ESCENA IV.

La Sra. Deschappelles.—Paulina.—El coronel Damás.

Damás. Buenos dias, prima mia. (*A Paulina*). ¿Has descansado de las fatigas de anoche? Tantos triunfos debén abrumarte. Aún el mismo Sr. Glavis suspiró lastimosamente cuando partiste; pero creo que sería efecto de la cena.

Paulina. ¿El Sr. Glavis?

La Sra. Deschp. ¿El Sr. Glavis? ¡Cómo si mi hija pudiera pensar en semejante sujeto!

Damás. ¡Bah! Por qué nó? Su padre le ha dejado una gran fortuna; y en cuanto á nacimiento, el suyo, prima mia, es superior al tuyo. Pero tal vez pienses en el Sr. Beauseant. . . . Su padre fué Marqués ántes de la Revolucion.

Paulina. Beauseant! Parece que te deleitas en atormentarme!

La Sra. Deschp. No le hagas caso, Paulina. (*A Damás*). Primo Da-

hago al casarme con la hija de un comerciante! deberían agradecermelo eternamente. (*A la Sra. Deschap.*) Señora, espero me permita usted decirle una palabra á su niña encantadora. (*Se acerca á Paulina quien se levanta desdeñosamente*). Señorita, me habia aventurado á abrigar esperanzas respecto á usted y no deben ocultársele los motivos. Anoche, cuando eclipsó usted á todas las bellezas de Lyon, me acabó de conquistar. Usted sabe que mi fortuna es la principal de la provincia, y que á no ser por la revolucion que me ha privado de mis títulos, yo sería noble. ¿Puedo, por lo tanto, confiar en que no desdeñará usted mi alianza? Le ofrezco á usted mi mano y mi corazon.

Paulina. (*Aparte*). Tiene todo el aire de uno que confiere un favor. (*A Beauseant*). Cababallero, es usted muy condescendiente; le doy un millon de gracias, pero comprendiendo mi falta de méritos, espero me permita usted no aceptar el honor que me propone.

Beauseant. (*Le saluda cortésmente y se retira*). No aceptar! imposible! Usted no habla seriamente. (*A la Sra. de Deschappelles*). Señora, permítame usted que apele á su bondad. Soy pretendiente á la mano de la hija de usted: su dote será digna de su belleza y de mi posicion. ¿Podré dirigirme al Sr. Deschappelles?

La Sra. Deschp. El Sr. Deschappelles nunca interviene en los asuntos domésticos. Si fuera usted todavía Marqués, ó si mi hija pretendiera casarse con un plebeyo, en ese caso tal vez podríamos darle á usted la preferencia.

Beauseant. ¡Un plebeyo! Todos ahora lo somos en Francia, señora!

La Sra. Deschp. En Francia, sí; pero no en otros países de Europa, donde aún existen nobles. Estamos plenamente satisfechas de vuestras buenas prendas, y no dudamos que encontrará usted fácilmente alguna jóven más adecuada á sus pretensiones. Siempre nos consideraremos felices en tenerlo á usted por amigo, Sr. Beauseant. (*A Pau*

lina). Mi querida hija, el coche estará pronto á la puerta.

Beauseant. No prosiga usted, señora, no prosiga usted (*Aparte*). ¡Rechazado! Todo Lyon lo sabrá ántes de la puesta del Sol! Iré á sepultarme en mi castillo; estudiaré filosofía, y mandaré al diablo al sexo femenino! ¡Rechazado! Vive Dios que deberian ser enviadas á una casa de Orates. Señoras, á los piés de ustedes.

(*Vase*).

La Sra. Deschp. ¡Qué audaces son estos hombres! Creo, hija mia, que hemos sostenido bien nuestra dignidad. Cualquiera señorita, por inexperta que sea, sabe cómo aceptar una oferta; pero se requiere gran habilidad para rehusarla afablemente y al mismo tiempo con cierto desden. Aprendí esto en el colegio con mi maestro de baile.

ESCENA IV.

La Sra. Deschappelles.—Paulina.—El coronel Damás.

Damás. Buenos dias, prima mia. (*A Paulina*). ¿Has descansado de las fatigas de anoche? Tantos triunfos debén abrumarte. Aún el mismo Sr. Glavis suspiró lastimosamente cuando partiste; pero creo que sería efecto de la cena.

Paulina. ¿El Sr. Glavis?

La Sra. Deschp. ¿El Sr. Glavis? ¡Cómo si mi hija pudiera pensar en semejante sujeto!

Damás. ¡Bah! Por qué nó? Su padre le ha dejado una gran fortuna; y en cuanto á nacimiento, el suyo, prima mia, es superior al tuyo. Pero tal vez pienses en el Sr. Beauseant. . . . Su padre fué Marqués ántes de la Revolucion.

Paulina. Beauseant! Parece que te deleitas en atormentarme!

La Sra. Deschp. No le hagas caso, Paulina. (*A Damás*). Primo Da-

más, careces de delicadeza de sentimientos, y en tus palabras se nota cierta falta de tacto.... El Sr. Beaumont sabe ya á qué atenerse con respecto á mi hija.

Damás.

¡Bah! ¡bah! ¡bah! Al oírse, se creeria que intentas casar á tu hija con un príncipe!

La Sra. Deschp. ¿Y por qué nó? ¿Qué hay de extraño en eso? Más de un príncipe extranjero.....

Damás.

(Interrumpiéndola). ¡Un príncipe extranjero! ¡Já! já, já! A tu edad deberias ruborizarte de semejante tontería...

La Sra. Deschp. ¡A mi edad! Esa es una expresion que nunca se dirige á una señora, á no ser que tenga sesenta y nueve años y tres cuartos, y áun entóncees sólo puede hacerlo el cura de la parroquia.

(Entra una criada).

Criada. Señora, el carruaje está á la puerta. *(Vase).*

La Sra. Deschp. Vén, hija mia. Ponte tu gorra.... realmente tienes un aspecto distinguido.... no te pareces á tu pobre padre. *(Apasionadamente).* Ah! coquetuela! Cuando una niña comete una travesura, es indudable que imita á su madre.

Paulina.

Adios, primo, y que se te pase el mal humor. *(Dirigiéndose á la mesa y tomando las flores)* ¿Quién me enviará estas flores?

(Salen Paulina y su madre).

ESCENA V.

Damás, sólo.

Podria ser una excelente muchacha, si no fuera tan ligera de cascos. Temo que ya no tenga enmienda. Bah! Qué afortunado soy en conservarme aún soltero!

(Vase).

ESCENA VI.

Exterior de la posada de una aldea con el rótulo: «El Leon de Oro», á algunas millas de Lyon, que se divide á lo léjos.

Beauseant. (*Dentro de bastidores*). Sí, que descansen los caballos; permaneceremos aquí una hora.

(*Entran Beauseant y Glavis*).

Glavis. Realmente, mi querido Beauseant, debes tomar en consideracion que te prometí pasar en tu castillo dos ó tres dias; que estoy enteramente á tus órdenes en todo y para todo, y sin embargo, permaneces silencioso y triste como un mudo en un funeral ó como un inglés en una romería.

Beauseant. Discúlpame! La verdad es que soy muy desgraciado.

Glavis. Tú! el soltero más rico y alegre de Lyon!

Beauseant. Mi desgracia consiste en ser soltero. ¿Conoces á Paulina, la hija única del rico comerciante Deschappelles?

Glavis. ¡Conocerla! ¿Y quién no la conoce? Tan bella como Vénus y tan orgullosa como Juno!

Beauseant. Su gusto es peor que su orgullo. ¿Sabes, amigo mio, que acaba de darme calabazas?

Glavis. (*Aparte*). A mí tambien! Qué consuelo! En casos semejantes, el mal del prójimo disipa la pena y calma la irritacion. (*Alto*). ¿Te ha dado calabazas? ¿Y por qué motivo?

Beauseant. No sé, á no ser que como la Revolucion ha acabado con los títulos, y por lo tanto con el de marqués de mi padre, y la señorita Deschappelles no quiere casarse con ningun plebeyo! Ahora, pues, como no hemos dejado ningun noble en Francia, y como todos somos ciudadanos é iguales ella tal vez pretende que, á pesar de la guerra, algun Lord inglés ó algun Príncipe aleman arriesgue su vida viniendo á Lyon, para que la hija del especiero Deschappelles tenga la condescendencia de

aceptarlos. (*Pausa*). ¡Rechazado y con el mayor desden! ¡Vive Dios! que no lo sufriré con paciencia. La rabia y la mortificación me tienen con fiebre! ¡Rechazado, vive Dios, rechazado!

Glavis. Tén valor, mi querido compañero. Voy á decirte un secreto. Por la misma razon que á tí, ella me ha rechazado tambien!

Beauseant. A tí! Eso es muy diferente! Pero dame la mano, Glavis, y tracemos un plan para humillarla. ¡Voto al chápíro! que me alegraria verla casada con un cómico de la legua.

ESCENA VII.

Dichos.—*El Posadero y su hija que salen de la Posada.*

El Posadero. Estoy á vuestras órdenes, ciudadano Beauseant. ¿De-seais tomar un pequeño refrigerio ántes de partir? Nuestra despensa está provista de todo.

Beauseant. No tengo apetito.

Glavis. Ni yo. Sin embargo, no es conveniente viajar con el estómago vacío. ¿Qué teneis? (*Toma la lista y mira*). Se oyen fuera gritos de «¡Viva el Príncipe! Viva el Príncipe!»

Beauseant. ¡El Príncipe! ¿Qué Príncipe es ese? Creí que no habíamos dejado ninguno en Francia.

Posadero. Já, já, já! Los mozalbetes le llaman siempre Príncipe. Acaba de llevarse el primer premio en el juego de pelota, y le traen en triunfo á su casa.

Beauseant. ¿Y quién es ese buen señor?

Posadero. ¿Quién podria ser sino el orgullo de la aldea, Claudio Melnotte? Por de contado que habreis oido hablar de Claudio Melnotte?

Glavis. (*Devolviéndole la lista*). Nunca tuve ese honor.... Sopa, liebre guisada, pollo asado.... en fin, lo que tengais.

Beauseant. ¿El hijo del viejo Melnotte, el jardinero?

- Posadero.* El mismo . . . un admirable jóven!
- Beauseant.* ¿Cómo admirable? ¿Son sus coles mejores que las de los otros?
- Posadero.* Nó; ya no trabaja en el jardín; su padre le ha dejado en plena libertad. Ahora es sólo un . . . génio!
- Glavis.* ¿Un qué?
- Posadero.* ¡Un génio! Es decir . . . un hombre que puede hacerlo todo, excepto algo que sea de provecho . . . eso es un génio.
- Beauseant.* Usted despierta mi curiosidad . . . continúe . . .
- Posadero.* Pues, señor, hace cuatro años que murió el viejo Melnotte. Entónces observamos todos que un gran cambio se verificaba en el jóven Claudio: dióle por leer y por estudiar latin é hizo llamar á un profesor de Lyon, que era tan sabihondo y tenía la cabeza tan llena de latinajos que necesitaba usar una graa peluca para cubrísela. Tomó despues un maestro de esgrima, otro de baile y otro de música, luego aprendió á pintar y al fin se dice que el jóven Claudio iba á París á dedicarse á la pintura. Los mozalbetes al principio se reían de él; pero el tal Claudio es un moceton fuerte y al mismo tiempo tan valiente como un leon, y pronto les hizo comprender que él no era hombre de sufrir tales chanzas, y hoy todos *ellos* le respetan, y todas *ellas* le solicitan.
- Beauseant.* Jóven que promete ciertamente. ¿Y por qué le llaman Príncipe?
- Posadero.* Porque es él como el jefe de ellos, porque es muy orgulloso y usa muy ricos trajes . . . en fin se parece á un Príncipe.
- Beauseant.* ¿Y qué ha podido trastornar el cerebro del loco mancebo? La revolucion, tal vez?
- Posadero.* Sí . . . la revolucion que á todos nos vuelve locos y tontos . . . la revolucion del Amor.
- Beauseant.* ¿Romántico es tambien el jóven Coridon? ¿Y de quién está enamorado?

- Posadero.* Pero... caballeros... lo que voy á decir es un secreto.
- Beauseant.* Por de contado!
- Posadero.* Lo sé por su propia madre. ¡Santos Cielos! está apasionado nada ménos que de la belleza de Lyon, la señorita Paulina Deschappelles...!
- Beauseant y Glavis.* Já, já, já! Excelente! Magnífico!
- Posadero.* Pueden ustedes mofarse cuanto quieran, pero es tan cierto como estoy aquí de pié!
- Beauseant.* ¿Y qué dice la belleza de Lyon de su admirador?
- Posadero.* Nunca se ha dignado mirarle, aunque cuando él era niño bajaba en el jardín de la señorita.
- Beauseant.* ¿Está usted seguro de eso?
- Posadero.* La madre de Claudio me ha dicho que la señorita Paulina no le conoce ni de vista.
- Beauseant.* (*Llamando á un lado á Glavis*). ¡Eureka! ¡Eureka! Hé aquí nuestro vengador! Hé aquí un Príncipe para nuestra altiva damisela. ¿Quieres ayudarme?
- Glavis.* ¿De qué manera?
- Beauseant.* No me comprendes? El negocio es tan claro como la luz del Sol. ¿Qué tal que hiciéramos pasar á ese elegante payaso por un Príncipe extranjero? Prestarle dinero, vestidos, carruajes, todo lo que sea necesario al caso; hacerle que haga la corte á Paulina, en fin que se case con ella. ¿No sería esto delicioso?
- Glavis.* ¡Já, já, já! Excelente! ¿Pero cómo podríamos nosotros sufragar los gastos necesarios de Su Alteza?
- Beauseant.* ¡Bah! La venganza vale más que el mezquino sacrificio de algunos miles de luises. En cuanto á los pormenores, mi criado es el más idóneo para el caso y se encargará de todo. No nos ocupemos más de eso, y veamos si realmente es el hombre que necesitamos para nuestro objeto.
- Glavis.* Con toda mi alma. Pero, ¿y la comida?
- Beauseant.* ¡Siempre pensando en comer! Oiga usted, amigo posa-

dero, ¿está muy lejos la casa de campo del joven Melnotte? Desearia ver á ese prodigio.

Posadero. Siga usted aquel sendero y encontrará la casa de campo de la madre de Melnotte.

Beauseant. ¿Vive en casa de su madre? (*Aparte*). No nos fiémos de la discrecion de una anciana; lo mejor será enviarle á buscar. Entraré y le escribiré una esquila. Ven, Glavis.

Glavis. Sí, Beauseant, Glavis y Compañía, fabricantes de príncipes al por mayor y al por menor! Extraña clase de negocios. ¿Por qué estás tan grave?

Beauseant. Tú sólo piensas en la burla y yo en la venganza.

(*Entran en la Posada*)

ESCENA VIII.

Interior de la casa de campo de Melnotte, Flores por todas partes; una guitarra sobre una mesa de roble, una cartera, &c. Un retrato en un caballete cubierto por una cortina, juegos de floretes cruzados, &c. Escalera á la derecha, que conduce á un piso alto de la casa.

(*Se oyen fuera gritos de: «¡Viva Claudio Melnotte! ¡Viva el Príncipe!»*)

La Vda. Melnotte. ¡Hola! Aquí está mi querido hijo. Estoy segura que se ha llevado el primer premio, y ahora querrá obsequiar á todos sus compañeros.

Claudio Melnotte. (*Abriendo la puerta*). Qué! ¿No quereis entrar, amigos míos? Ahí tencis algo para que os divertais en mi nombre. Buenos dias! buenos dias! (*Gritos fuera*). «Viva el príncipe Claudio!»

(*Entra Claudio con un fusil en la mano*).

ESCENA IX.

La viuda Melnotte.—Claudio Melnotte.

- Melnotte.* Dame la enhorabuena, mi querida madre. Me he llevado el primer premio! No he errado ni un tiro! Hermoso fusil. ¿No es verdad?
- La Viuda.* Júm! Bien, bien. ¿Cuánto vale eso, Claudio?
- Melnotte.* ¿Cuánto vale eso? Qué es lo que vale una cinta para un soldado? ¿Cuánto vale? La gloria no tiene precio.
- La Viuda.* Deja la gloria para los grandes, hijo mio. Ah! Claudio, Claudio! Cuesta mucho sostener los castillos en el aire! ¿En qué parará todo esto? Qué sacas con saber latin, con cantar, con tocar la guitarra, con tirar al florete y bailar y pintar? todo eso es muy hermoso ¿pero qué produce todo eso, hijo mio?
- Melnotte.* Riqueza, madre mia, riqueza! Riqueza para el entendimiento y para el corazon! elevados pensamientos, sueños brillantes, esperanza de la gloria, la ambicion de ser más digno del amor de Paulina!
- La Viuda.* ¡Pobre hijo mio! Esa señorita nunca, nunca pensará en tí.
- Melnotte.* ¿Piensan las estrellas en nosotros? Sin embargo, si el prisionero las viera brillar en su calabozo ¿le pedirias, madre mia, que cerrára los ojos á su luz? Desde esta pobre y humilde morada levanto mis ojos hácia Paulina y olvido mis cadenas. (*Se dirige hácia el cuadro y levanta la cortina*) ¡Mira! ésta es una imágen pintada de memoria. Oh! cómo el lienzo la despoja de sus gracias! (*Toma el pincel y lo arroja á un lado*). Nunca seré un pintor; sólo puedo pintar un parecido, y su original se halla por encima del arte. (*Pausa*). Desearia ser soldado! Francia necesita de ellos Pero dejar el aire que Paulina respira! (*Pausa*). Quiero decirte un

secreto, madre mia. Tú ignoras que hace seis semanas he enviado diariamente á Paulina las flores más raras y bellas; pues, bien, se las he visto prendidas al seno! Ah! desde entónces el Universo entero está como impregnado de su fragancia! Me he vuelto más osado; con las flores la he remitido versos y los he firmado con mi propio nombre. Mi mensajero debe volver muy pronto; le dije que esperára una respuesta.

La Viuda. Y qué respuesta esperas, hijo mio?

Melnotte. La misma que la reina de Navarra envió al pobre trovador:—«Dejadme ver al Oráculo que puede decir á las naciones que yo sóy hermosa!»—Ella me admitirá! La oiré hablar; mis ojos se encontrarán con los suyos; leeré en sus megillas los dulces pensamientos que se convierten en rubor. Entónces, ay! entónces ella tal vez olvide que soy el hijo de un pobre aldeano!

La Viuda. ¿Y si sólo quiere oirte hablar?

Melnotte. Todo lo he previsto. Me dirá que el mérito es el verdadero rango. Me dará una prenda, una flor, un guante. Oh éxtasis divino! Me alistaré en los ejércitos de la República; ascenderé, adquiriré un nombre de que la belleza no se sonrojará al oirlo: volveré con el derecho de decirla: «Mira como el amor no humilla al orgulloso sino levanta al humilde!» Oh! cómo siento latir mi corazón! Oh! qué gloriosos profetas del futuro son la Juventud y la Esperanza!

(*Tocan á la puerta*).

La Viuda. Adelante!

ESCENA X.

Dichos.—Gaspar.

Melnotte. Bienvenido, Gaspar, bienvenido! ¿Dónde está la carta? ¿Dónde está la carta? (*Gaspar le dá una*). ¿Esta? Esta.

es la mia! la misma que te he confiado! ¿No la entregaste?

Gaspar. Sí, la entregué.

Melnotte. ¿Me devuelve mis versos! ¿Nada más?

Gaspar. Deberás estar orgulloso cuando sepas cómo fué tratado tu mensajero! Por tu causa, Melnotte, he sufrido lo que ningun hombre hubiera soportado sin deshonorarse.

Melnotte. Sin deshonra, Gaspar, sin deshonra!

Gaspar. Dí tu carta al portero, y de lacayo en lacayo llegó á la dama á quien iba destinada,

Melnotte. ¿Llegó, pues, á ella? Estás seguro? Llegó á ella? Bien, muy bien!

Gaspar. Llegó á ella, y me fué devuelta con porrazos! Oh rabia! ¿Somos todavía esclavos para que al hombre del pueblo se le trate de ese modo?

Melnotte. ¿Con golpes? Nó, Gaspar, no puede ser!

Gaspar. Podría mostrarte las señales, sino fuera demasiada vergüenza llevarlas. El lacayo que arrojó tu carta en el fango juró que la señorita y su madre nunca habian sido insultadas de ese modo. ¿Qué contenia tu carta, Claudio?

Melnotte. (*Leyendo la carta para sí*). Ni una sola frase que no pudiera ser escrita por el siervo más humilde á la más orgullosa Emperatriz! Nó, ni una sola!

Gaspar. Y han prometido tratarte del mismo modo si te aventuras á ir allá. Deberemos sufrir eso, Claudio?

Melnotte. (*Apretando la mano de Gaspar*). Perdóname! la culpa es mia. No lo olvidaré; pero prometo vengarte. ¡Cobarde insolencia!

Gaspar. ¿Estás conmovido, Melnotte? No te ocupes más de eso. Por servirte no temeria ni el fuego ni el agua pero un porrazo! No es el cardenal lo que irrita; es la afrenta, Melnotte!

Melnotte. Dí, ¿cuál fué el mensaje? dónde está el insulto? dónde la ofensa?

Gaspar. ¿No has escrito á Paulina Deschappelles, la hija del rico comerciante?

Melnoite. Sí!

Gaspar. ¿No eres tú un aldeano, el hijo de un jardinero? *Esa* es la ofensa! No hagas caso de eso, Melnotte. (*Pausa*). Golpes á un ciudadano francés, golpes!

(*Vase*).

ESCENA XI.

Dichos, ménos Gaspar.

La Viuda. ¿Estás ya curado Claudio?

Melnotte. (*Haciendo trizas la carta*). Así lanzaré su imágen á los vientos.... la detendré enmedio de la calle.... la insultaré.... apalearé á sus cobardes siervos.... (*Dirigiéndose repentinamente á su madre*). ¡Madre mia! soy acaso jorobado, deforme, asqueroso?

La Viuda. ¡Tú!

Melnotte. Un cobarde.... un ladron....!

La Viuda. ¡Tú!

Melnotte. Un necio.... un fátuo.... un imbécil!

La Viuda. ¡Nó, nó!

Melnotte. ¿Qué soy, pues? peor que todo eso! Sí, soy un aldeano! ¿Por qué ha de amar un aldeano, por qué? (*Pausa*). Vanas revoluciones, ¿por qué ejercéis vuestra crueldad sobre las grandes? Oh! si nosotros los labradores hubiéramos desaparecido de la haz de la tierra, los orgullosos potentados sabrían lo que el mundo sería sin nosotros!

(*Tocan á la puerta*).

ESCENA XII.

Entra un Criado de la posada.—Dichos.

Criado. Una carta para el ciudadano Melnotte.

Melnotte. Una carta! tal vez de ella! ¿Quién te envía?

Criado. Quién? El señor, digo, el ciudadano Beauseant, quien se ha detenido á comer en el «Leon de Oro», de tránsito á su castillo.

Melnotte. ¡Beauseant! (*Lée*). «Jóven, conozco tu secreto; amas más alto que tu posicion. Si tienes talento, valor y discrecion, puedo asegurarte la realizacion de tus más caras esperanzas: la sola condicion que te exijo en cambio es que seas firme y constante en la prosecucion de tus planes. Me has de jurar solemnemente casarte con la que amas y llevarla á tu propio hogar la noche de tus bodas. Hablo formalmente. Si quieres saber más, no pierdas un momento, y ven inmediatamente con el portador de ésta, donde te espera tu amigo y protector.

Cárlos Beauseant.»

¿Debo dar crédito á mis ojos? ¿Son nuestras propias pasiones los hechiceros que evocan para nuestro uso los espíritus del bien ó del mal? (*Pausa*). Iré inmediata-
Esperá un momento afuera.

(Sale el Criado).

ESCENA XIII.

La Viuda.—Melnotte.

La Viuda. ¿Qué sucede, Claudio?

Claudio. (*Leyendo la carta, sin darse cuenta de la presencia de su madre*),

«Casarte con la que amas! llevarla á tu propio hogar!»
Oh! venganza y amor! ¿Cuál de vosotros es el más fuerte? (*Contemplando el retrato*). Dulce imagen, me sonríes en el lienzo.... Pobre insensato! ¿aún la amas? Nó; es la vision de mi propia novela, la vision que yo he adorado! Nó! Es la realidad á la cual devolveré desprecio! (*Pausa*). Adios, madre mia, volveré al instante... (*Aparte*). Mi espíritu vacila.... la tierra gira en torno mio....! (*Leyendo despues la carta*). Nó! no es una burla! Nó, no es un sueño! Adios, madre mia!

(*Sale precipitadamente*).

La Viuda. (*Queriendo detenerlo*) Hijo mio!

(*Continuará*).



TIERRA, POBLACION E INDUSTRIA.

I.

LA DIVISION DE LA TIERRA.

La reparticion del suelo entre pocos ó muchos propietarios, lo que se conoce por grande ó pequeña propiedad de la tierra, ejerce influencia considerable en la prosperidad de la agricultura haciendo que sea más ó ménos útil y provechosa la apropiacion del suelo; pero la ejerce aún mayor el sistema general de los cultivos, segun se practiquen éstos en grande ó en pequeña escala, cosa que parece depender de la division de la tierra, y con la cual, en efecto, tiene relacion, áun cuando puede coexistir el gran cultivo con la pequeña propiedad y el pequeño con la grande. En el primer caso los propietarios de pequeños lotes de tierra los arriendan á cultivadores en grande: en el segundo los grandes propietarios dividen sus terrenos en pequeñas porciones que arriendan á labradores de modesta fortuna: el primer sistema si es posible no puede ser general, miéntras el otro no solamente es el más natural sino el que más generalmente existe en los pueblos modernos. De ahí que en agricultura la cuestion de la grande y pequeña propiedad no tenga la importancia que se concede legítimamente á la

del cultivo en grande ó en pequeño; mientras la tiene, y grande, en el orden social, dando los estadistas y los economistas preferencia decidida á la pequeña propiedad, á la subdivision de la tierra entre el mayor número posible de propietarios por razones de mucho peso, y en sentir de los más, decisivas y sin contradicción posible en el terreno de la ciencia y en el de las más concluyentes experiencias en todos los pueblos y edades de la humanidad, y aún los mismos adversarios de la propiedad individual se muestran menos severos contra la pequeña que contra la grande, y reconocen la superioridad y la utilidad de aquella sobre la última. Esto, sin embargo, no impide que exista la gran propiedad en algunos países y que tenga ventajas que la recomienden.

En Inglaterra la tierra está relativamente en pocas manos; domina allí la gran propiedad, y si no domina tiene más extensión que en la mayor parte de los otros pueblos modernos. Esa división se perpetúa, aún cuando disminuye sensiblemente todos los días, merced á los mayorazgos, sustituciones ó vinculaciones y á la gran libertad de testar que se mantiene por el sentido aristocrático que allí domina más que por culto á los principios en que se funda esa libertad. Permiten las instituciones que se mantenga indivisa una parte considerable del suelo, mientras en otros países la ley civil no consiente tan arraigada perpetuidad de la tierra en determinadas familias y en determinados miembros de cada una. No es, sin embargo, tan grande allí como generalmente se cree esa desigualdad en la división de la tierra, pues, según un documento oficial de fecha muy próxima que tenemos á la vista, existen en aquel país 1,164,967 propietarios de los cuales 1.085,000 poseen desde menos de un *acre* de tierra á 500, y únicamente 25 poseen más de 500,000 *acres*, y entre los primeros hay más de 800,000 que tienen menos de un *acre*. En Irlanda es donde está la tierra menos dividida y de ahí en parte esa inquietud y desasosiego en que viven allí los que nada poseen, que sean numerosos los jornaleros ó colonos miserables, que trabajan mal y producen muy poco en verdad. En Francia, en Bélgica y en algunas otras partes de Europa la división es muy grande y las pequeñas propiedades abundan hasta el extremo de considerarse un mal esa pulverización que amenaza con-

vertir la tierra en migajas impropias para todo cultivo provechoso, y contra la cual se clama y pide un remedio.

Los economistas más distinguidos y los más hábiles agrónomos teóricos y prácticos opinan que el cultivo medio, es decir, la tierra dividida y cultivada en porciones de una extensión mediana, es más productivo y conveniente; pero eso depende naturalmente en mucho de la clase de cultivo á que se destina el suelo. Los bosques y otras plantaciones convienen para la gran propiedad y el gran cultivo ó estos para aquel género de agricultura: á otras plantas conviene que estén cultivadas en pequeños lotes y por manos que las atiendan con una eficacia y una atención que rara vez puede emplear el cultivador en grande. ¿Cuál es el género de cultivo que mejor conviene á las producciones de este país? Según los datos que tenemos y la opinión de agrónomos distinguidos, el tabaco y lo que se conoce por cultivos menores se adaptan al pequeño cultivo; la caña al mediano; la ganadería y el arbolado al grande. Pero eso de cultivo pequeño ó grande es cosa en cierto modo relativa, pues, para una especie de agricultura puede ser pequeño lo que para otra sea mediano ó grande ó vice-versa; en el cultivo de la caña, por ejemplo, que es aquí el más importante, por pequeño puede considerarse el que se haga en un terreno desde una caballería hasta 4 ó 5; por mediano desde 5 á 10, y por grande desde 10 á 30, máximum que debe concederse á una finca bien atendida y cultivada.

La división del suelo en un país no depende precisamente de otra cosa que de las circunstancias y vicisitudes porque ha pasado: en ninguno se ha hecho la división con arreglo á un plan preconcebido y determinado. En unas partes, como aquí y en Andalucía, por ejemplo, procede la división; aquí de la conquista y ocupación, allá, de la reconquista y repoblación. Aquí como allá, de las mercedes que hicieron los monarcas, en una parte á los que se aventuraban á venir á estas tierras en busca de oro ó á cultivar el suelo, y para animarlos en sus empresas: en la otra, á los adelantados y guerreros ó servidores á quienes querían fijar y establecer con el fin de que ocuparan y defendieran la tierra, ó para recompensarles sus servicios. Lo mismo sucedió en Méjico, en Chile y en otros países americanos después del descu-

brimiento y la conquista. En Inglaterra la division del suelo procede de la conquista normanda en primer lugar, de la reforma religiosa en el siglo xvi, en segundo. En otras partes, como aconteció en Roma, las grandes propiedades fueron obra ó producto de las guerras que arruinaron á los caballeros propietarios del suelo, que se vieron forzados á vender sus tierras á los ricos ociosos de Roma, que de ese modo llegaron á ser los dueños en corto número de todo el *ager* romano. Las leyes pueden lentamente realizar importantes modificaciones en uno ú otro sentido, bien para que la propiedad se concentre, bien para que se divida. En Francia, desde la revolucion de 1789, las nuevas leyes civiles han contribuido poderosamente para que las grandes propiedades se dividan y subdividan cada dia más. Los mayorazgos, las sustituciones, las vinculaciones, y en cierto modo, la libertad de testar, pueden producir la concentracion de la propiedad en un pais al cabo de algunos años.

Las grandes propiedades, en la generalidad de los cultivos, no son en absoluto un gran mal cuando están cultivadas por sus propietarios, con inteligencia y el capital necesario, aun cuando tengan algunos inconvenientes bajo el punto de vista agrícola y mayores bajo el social: las pequeñas al lado de muchas ventajas acaban, cuando lo son demasiado, por producir tambien males de gran tamaño. Si las grandes labores tienen sus contras y no pueden ser generales ni aún preponderantes la multiplicidad de las pequeñas tiene por efecto inmediato el aumento de los gastos generales del cultivo, y más cuando los lotes de tierra se encuentran desparramados, separados entre sí, lejos los unos de los otros á término de exigir desplazamientos considerables á los hombres, animales y útiles de labor. Además el pequeño cultivador es por lo general ignorante, apegado á la rutina, refractario al progreso y á los cambios, pobre, difícilmente puede aplicar á su tierra los procedimientos científicos, las máquinas, &^a.

Las grandes propiedades cultivadas tambien en grande exigen capitales muy considerables, mucha inteligencia y superior habilidad y cuidado en el cultivador, cosas difíciles de reunir en un gran número de individuos: exigen muchos brazos, un crecido número de jornaleros, y no es conveniente la abundancia de braceros atenidos al jornal

en los campos, donde las faenas no son continuas como en la industria. Así es lo más común que las grandes haciendas no estén bien cultivadas, que más generalmente lo estén muy mal y que acaben por no estarlo del todo: inconveniente que ya hizo exclamar á Plinio, refiriéndose á lo que pasaba en la campiña romana: *latifundia Italiam perdidderunt*.

La Irlanda está casi inculta y se ha despoblado á causa de la gran propiedad: en Andalucía abundan las grandes propiedades y por eso el cultivo no es el mejor, excepto el del olivo, al cual conviene una extension media, y el de la viña, que está entregada en su mayor parte al pequeño. El mal se va lentamente corrigiendo desde la ley que abolió los mayorazgos y la desamortizacion eclesiástica y de los bienes de propios y otros de manos muertas. Aquí las leyes no favorecen la aglomeracion de la tierra en pocas manos, pero otras causas la conservan y contra ellas poco puede el legislador: únicamente podrá el interés y el tiempo. Pero es preciso que entre el convencimiento en todos de que no es posible seguir en ese punto como estamos y que es preciso abandonar la manía, la ambicion de poseer grandes fincas.

En cambio de esos males y de otros de ménos bulto que ofrecen las grandes haciendas, cuando están cultivadas por sus propietarios tienen de útil y de conveniente que suelen ser las escuelas, los seminarios donde se hacen los ensayos y los adelantos agrícolas y de donde parten la enseñanza y el progreso en la agricultura. En Inglaterra el asombroso adelanto y el auje á que ha llegado la agricultura es debido precisamente á la existencia de esas grandes propiedades, de esas fincas de la nobleza en las cuales se han gastado y se gastan sumas fabulosas para mejorar el suelo y el cultivo en todas sus partes, y que han hecho la educacion agrícola del país. Esos nobles que no se desdennan de ser sus propios administradores y que dirigen por sí mismos todas las faenas de sus grandes fincas, que ilustran y enseñan á sus colonos y que si realizan beneficios cuantiosos los compran á costa de su saber, su industria y su generosidad; que no temen ninguna competencia y que desafian al mundo entero á que vaya á los mercados ingleses con sus producciones á competir con las suyas, y á limitar sus beneficios en provecho de los consumidores del país.

Las grandes haciendas arrendadas por sus propietarios pueden, en cierto modo y en determinados casos, no ofrecer los inconvenientes que tienen cuando aquellos las labran por sí mismos, pero en otros casos son de lo más perjudicial para la agricultura de un país. Si los arrendamientos se hacen en masa, es decir, si se arriendan las fincas en su totalidad y á colonos ricos é inteligentes y por tiempo largo, el colono suple al propietario y la tierra puede conservarse en buenas condiciones y producir abundantes frutos sin decaer: si los arrendamientos se hacen sin inteligencia, á colonos pobres, sin conocimientos ni buena fé, por cortos plazos, las tierras se arruinan al cabo y ni el colono ni el propietario salen beneficiados. Tal ha sido y aún es el caso muy frecuente en Andalucía, donde los grandes cortijos, propiedad de los nobles que viven en la córte ó de los ricos que viven léjos de sus propiedades, se arrendaban y aún se arriendan á labradores más ladinos que entendidos, por pocos años ó sin plazo determinado y sin imponer al arrendatario condiciones especiales para la mejora ó conservacion de la tierra, por lo cual la agricultura no ha prosperado ni los propietarios sacan de sus fincas todo el partido que pudieran y debieran sacar.

Si los arrendamientos se hacen por lotes, dividiendo las fincas en varios trozos para que cada uno sea cultivado por un colono distinto, si éstos son inteligentes y tienen el capital necesario, casi equivale este sistemã al de la pequeña propiedad; pero si se arriendan á pobres é ignorantes colonos, el mal será grande y fatal el negocio para los propietarios y para la prosperidad de la agricultura.

Abundan los ejemplos y podríamos citar infinitos. En Inglaterra los propietarios que poséen grandes fincas labran, generalmente, una por sí mismos y arriendan las demás, unas para el gran cultivo, enteras, á colonos ricos, (*los gentlemen farmers*) llenos de inteligencia y saber, generalmente por muchos años y exigiéndoles que empléen en la reposición y mejora del suelo todo lo necesario: otras las arriendan en pequeños lotes á colonos, á veces con una mira política, con la de creerse clientes para las elecciones, pero siempre á gentes de gran práctica y á quienes ayudan con sus fortunas, sus lecciones y sus ejemplos. Por eso la agricultura ha progresado y prospera allí de una manera tan asombrosa.

de origen español que habitaban el país. La gran propiedad reinó en absoluta, y el cultivo tuvo necesariamente que estar en relación con esa división de la tierra. Los brazos hubo siempre que importarlos por los medios que sabemos; y por eso fueron siempre escasos en proporción con la tierra. El europeo, ya por lo que el clima pesaba sobre él, ó por otras causas, y más que nada por encontrar más cómodo que otro trabajara por él, solo se cuidó de proporcionarse tierras y brazos. Como aquella era más fácil de obtener que éstos, tuvo á su disposición mucho terreno y pocos trabajadores en proporción. Dada esa situación que se creó el europeo y la que éste impuso al trabajador, fué lo más natural que la tierra se dividiera en grandes lotes y que resultara apropiada en pocas manos.

Cuando el cultivo de la caña creció hasta superar á todos los demás, algunos la cultivaron en pequeño, pero los más lo hicieron en grandes extensiones de tierra; el único límite que encontraban era el que les imponía la necesidad de buscarse brazos y el alto precio de ellos.

Desde el principio, naturalmente, todo el que sembró caña para hacer azúcar tuvo que hacerlo por sí, en su mismo campo, y de ahí vino á resultar que al prosperar el cultivo de aquella planta prosperó la fabricación del dulce y se aumentaron los medios industriales, unidos en las mismas manos y en las mismas fincas la agricultura que producía la caña, y las fábricas que extraían el azúcar. Cuando los mecanismos industriales se perfeccionaron y se hicieron más costosos, únicamente pudieron tenerlos los más acaudalados, es decir, los que más tierras poseían, de ahí que hayan seguido unidas la industria y el campo. Imperfecto el cultivo, la tierra producía siempre poco relativamente, y como la mecánica para ser eficaz y producir barato debe aplicarse en grande, todas las pequeñas labores y aún las medianas tuvieron que ceder el puesto á las grandes, tanto más cuanto que los gastos generales en gran parte resultaban ser casi iguales para aquellas que para las últimas, de modo que para producir con beneficio fué necesario producir mucho, y por eso el cultivo pequeño y el mediano no pudieron resistir la competencia del grande y vivieron raquíticos y miserables ó sucumbieron, levantándose esos grandes fundos, esos

ingenios gigantes que fueron la admiracion de los extraños y el orgullo de los de casa.

Dada esa division del suelo, necesariamente ha debido imperar y generalizarse el cultivo extensivo, si bien existe, como ya observamos al principio, en algunas localidades y para ciertos cultivos especiales una division de la tierra en pequeños lotes, cultivados por sus propietarios ó por arrendatarios. Pero en lo que al cultivo de la caña y á la ganadería se refiere, la gran division, el gran cultivo es casi la regla, siendo ésta la causa de haberse unido la industrial fabril azucarera con la agrícola y de que el sistema de cultivo que los agrónomos llaman *extensivo* sea el que domine casi en general.

Aunque sin autoridad para hacerlo, nos atrevemos á no emplear la nomenclatura científica para calificar los cultivos, por ser la más racional y la más propia: existen dos géneros de cultivo, el empírico, el rutinario y el científico: el primero es el que más comunmente debe seguirse donde exista la gran propiedad, el segundo florecerá mejor donde la propiedad esté más dividida, ó más bien, donde esté dividida de un modo más racional, en lotes que no sean ni extremadamente pequeños, ni extremadamente grandes. Es difícil cultivar bien las grandes haciendas con arreglo al sistema científico, por los grandes capitales que semejante método exige y la mucha instruccion que necesita el cultivador: y las muy pequeñas tienen el inconveniente de que sus cultivadores carecen por lo general de los recursos necesarios y de la instruccion competente. Sin embargo, en Inglaterra la gran propiedad no es obstáculo para que el cultivo sea el más científico conocido, y en Francia desde hace algunos años se ha prestado gran atencion al progreso de la agricultura y se han dedicado muchos hombres de mérito y caudal á cultivar sus propiedades, por lo que se encuentran grandes haciendas casi á la altura de las del otro lado del Canal, y la pequeña propiedad está cultivada en general con una inteligencia admirable, y rinde productos y beneficios comparativamente superiores.

Entre nosotros la gran propiedad no ha servido como en Inglaterra y ahora en Francia y en Bélgica para el progreso de la agricultura. Si casi todos los propietarios cultivan por sí sus fincas y no las

arriendan como sucede en Andalucía y en Irlanda; si algunos han tenido caudal suficiente para aplicar á sus tierras lo necesario, la verdad es que los más no lo han tenido y que los mismos que han contado con ese recurso han cultivado mal y han dejado que se esterilicen sus tierras como las de los pobres: todos se cuidaron más que de otra cosa de poseer mucha tierra y de tener brazos; pero pocos, muy contados se contentan con tener la suficiente para cultivarla bien; y aún en el día, los más procuran sembrar mucho, pero no sembrar bien: se quejan de que los brazos les faltan, y lo que realmente les sobra es la tierra, y lo que les falta es la ciencia y el capital.

¿Se podrían citar muchos ingenios que puedan presentarse como modelos, como verdaderas escuelas, que sirvan á los demás de enseñanza ó ejemplo? Si dijéramos que no pasan de tres ó cuatro creémos que nada aventurábamos y que citándolos habríamos concluido la enumeracion de las grandes haciendas que en su género pudieran compararse con esas célebres de Inglaterra que allí se citan por centenares y que con justo título son el orgullo del pueblo inglés y uno de los timbres de gloria y de honor de la aristocracia británica.

La actual division de la tierra no puede mantenerse: aun cuando todos los propietarios tuviesen la inteligencia, el capital y la voluntad necesarias para cambiar el sistema de cultivo, y hacerlo científicamente en sus fincas les faltarían los brazos si no vinieran otros nuevos á suplir el vacío de los que ya faltan y de los que han de faltar en adelante, y ya dirémos por qué no han de venir ni podrán venir. Podrán venir colonos á ser propietarios ó arrendatarios, pero braceros nó, y ménos todavía esclavos ó semi esclavos.

¿Qué deben hacer los actuales propietarios, los que no tengan el capital necesario ó les falte inteligencia ó voluntad ó valor, ó los brazos para cultivar bien toda su tierra? ¿Habrán de esperar á que otros que tengan lo que á ellos les falta, los reemplacen, ó á que ellos logren adquirirlo, ó que vengan colonos de raza superior á comprarles las tierras que les sobran ó á tomárselas en arriendo? Nó: lo natural es que procuren utilizar lo que existe en el país, los elementos que aquí se encuentran: que cedan una parte de esas tierras á colonos ó á arrendatarios del país, ó que conviertan una parte de sus naturales servido-

res, de sus braceros, en colonos ó arrendatarios por familias, reservándose la tierra que pueden cultivar bien, dadas su aptitud y sus recursos. No se olvide; á las razas inferiores es preciso eliminarlas ó asimilarlas; es preciso que desaparezcan ó que se conviertan en instrumento útil, que se eleven en lo posible para vivir al lado y en iguales condiciones á las superiores. Una vez salidas del estado y condicion que han tenido, ó perecerán si se les abandona, ó se convertirán en un peligro y en una preocupacion constante; preciso es que se sujeten al trabajo, al órden, á la economía y á la tierra. ¿De quién depende la suerte de esos seres y la suya misma y la de la agricultura? De los grandes propietarios, de los grandes hacendados que como están hoy no podrán vivir, y que deben cambiar las condiciones de su existencia. El primer cambio que deben realizar es el de disminuir la extension de sus fincas y no empeñarse en tener mucha tierra, sino en labrar bien la que posean.

Hé ahí una reforma de las más necesarias y preciosas, que más bien puede hacer al país y contribuir más á su progreso y prosperidad, y que no depende del Gobierno, ni de las leyes, ni de las combinaciones arbitrarias que todos los dias salen á plaza para buscar la salvacion por mano ajena: que depende únicamente de nosotros, de los mismos hacendados que tanto se quejan y á quienes tan ridículos temores han dominado sobre el porvenir de su industria.

Esa reforma preparará otras, y sobre todo, preparará la del aumento de la poblacion por la inmigracion de verdaderos colonos, y la regeneracion y engrandecimiento de nuestra decadente agricultura.

III.

CONDICIONES GENERALES DE LA POBLACION.

Nada es tan comun como el dicho de que la Isla no está poblada en proporcion á su superficie; que puede aumentarse considerablemente el número de sus habitantes y que debe tratarse de acrecentarlo procurando que vengan inmigrantes, como van á otros países, de aquellos en que rebosa la poblacion y tiende á nivelarse por la emigracion

á otras tierras en que pueda el hombre encontrar más fácil la lucha por la existencia. Asimismo oímos todos los días decir que la Isla no está cultivada, que abunda la tierra y que pudiera aumentar su producción considerablemente si hubiera los brazos necesarios para cultivarla toda. Si así fuese, en efecto, si abundase la tierra y ésta solo fuere improductiva por causa de la falta de hombres que la cultiven, el problema se resolvería con relativa facilidad: no habría más que atraer colonos en cantidad suficiente, aún cuando no es solamente la abundancia de la tierra lo que atrae y fija colonos en los países nuevos y hace crecer la población; pero en fin, tendríamos ya uno de los elementos y uno de los más esenciales para atraer gentes que poblaran y aumentarían la producción hoy tan reducida, según se dice.

Que en efecto la Isla no está poblada como debiera ó pudiera estarlo, que puede *contener* un número mucho mayor de habitantes; que la densidad de su población es bien mezquina en comparación con la de muchas otras regiones de la tierra, cosa es evidente y que nadie puede desconocer y menos negar en absoluto; (1) que la Isla no produce lo que debiera y pudiera producir, es cierto, y puede ser muy bien, y lo es en efecto, que mucha tierra está aún por cultivar y que pudiera cultivarse si hubiera quién lo hiciera. Pero examinemos sin pasión y sin espíritu alguno de escuela ni de doctrina, sin el propósito de ir á parar á ninguna conclusión determinada de antemano, si esas proposiciones son tan exactas y tan positivas como la generalidad lo sostiene, si en efecto es fácil poblar la tierra por medio de la inmigración como se van poblando diaria y continuamente otros países que producen, por eso como por otras cosas, nuestro asombro, y se nos presentan como ejemplos que debemos y podemos fácilmente imitar.

Es un axioma económico indiscutible que allí donde existe ó se crea la subsistencia para que un hombre viva, allí acude uno y se establece definitivamente si esa subsistencia se mantiene y no se agota; así como donde la subsistencia falta absolutamente, y no es posible crearla, el hombre desaparece definitivamente. Más claro, la población se rige por las subsistencias: el hombre acude, se fija, vive y se

(1) Menos de 12 habitantes por kilómetro cuadrado.

multiplica donde aquellas abundan, y el hombre huye, muere y desaparece donde las subsistencias faltan, y por subsistencias debe entenderse los elementos y medios todos que el hombre necesita para vivir y conservar la existencia con relativa facilidad. Ahora bien, ¿puede negarse que en Cuba la vida es más fácil en general que en otras partes, que las subsistencias sobran ó no faltan, que puede todavía hallar aquí relativamente asegurada la existencia un número mayor de seres de los que en la actualidad viven sobre este suelo? ¿Pues por qué no ha crecido más la poblacion, por qué no se aumenta de momento, por qué no vienen aquí á establecerse tantos, proporcionalmente, como van á otras partes? Vamos á decirlo en cuatro palabras: porque no basta que sean abundantes los medios de vivir, que los hombres subsistan con alguna facilidad en un país para que á él acudan, y aquí no encuentran los que vienen todo lo que hallan en otras partes y los atrae y fija tanto ó más que la abundancia de subsistencias.

Decir que aquí no vienen todos los que pueden venir, dadas las condiciones del país nos parece que sería aventurado; por el contrario, créemos que vienen casi en abundancia, y que no todos los que llegan encuentran, á veces sin duda alguna por su propia culpa, pero las más veces por obra de las circunstancias y de su mismo número, fácil la vida y próspero destino. Nosotros créemos que han venido y aún llegan todos los inmigrantes posibles, los que pueden encontrar una ventaja en venir á este país; que en una palabra, no falta hoy el hombre para lo que puede ofrecérsele, y que si no vienen más es porque no hallarían las ventajas que otros países ofrecen á los que á ellos emigran.

El hombre se apega al suelo en que nace con tenacidad casi invencible. Mil lazos lo sujetan al lugar en que nace, como luego á aquel en que encuentra fácil la existencia y donde se forma otros lazos que lo retienen y ligan tanto como si fuera el de su propio nacimiento; sin embargo hay razas que se apegan más que otras á la tierra en que nacen y crecen, otras que no se ligan con vínculos tan estrechos é indisolubles; á todos los hombres y á todas las razas cuesta mucho el emigrar, salir de su propio país y hasta del reducido lugar de su nacimiento, aunque algunos hombres y ciertas razas tienen más

resolución para dejar esos lugares queridos; pero todos los hombres y todas las razas emigran, salen de su país natal con cierta repugnancia, con cierto temor, con alguna contrariedad, y únicamente lo harán porque no pueden vivir en él; porque les falta la subsistencia ó el contento por efecto de causas naturales ó accidentales, creadas por las leyes, las instituciones, las guerras, etc.

Esto es axiomático, como lo es que todos emigran en busca de países más elementes y en que no tengan que sostener tan rudo combate contra la naturaleza ó las circunstancias que los contrarían, ó molestan en el suyo.

Pueden algunas veces equivocarse los que emigran y no encontrar en otras tierras lo que fueron buscando; pueden ir quizás engañados por los que los solicitan, por errados informes, por la opinión y fama que disfrutaban ciertos países á veces sin verdadero fundamento, pero en definitiva lo más comun es que todo el que emigra lo hace para librarse, en cierta medida, de alguna parte de sus trabajos en la vida, para mejorar su posición ó la de sus descendientes; van en busca de algo más de lo que poseen, y ese algo es lo que deben ofrecer los países que quieren atraer pobladores y que en ellos se fijen.

Ya hemos dicho que la tierra es una de las cosas que deben ofrecer los países que quieran atraer pobladores, pero no es la única ni la más esencial en absoluto, toda vez que aunque la tierra es lo que más atrae, y es la fuente de la prosperidad, otras ocupaciones y otras industrias pueden hacer vivir á los hombres, y aún cuando la agricultura es la principal y de ella se derivan todas las demás. Detengámonos en la tierra: No basta que ésta abunde, es preciso que sea fácil de cultivar, fértil y que esté situada de modo que los que la rieguen con su sudor tengan alguna seguridad de encontrar al fin de la jornada, desde luego cubiertas las necesidades de la vida y alguna cosa más para acrecer su fortuna, y esa seguridad la dan la clase de los cultivos posibles, la fácil colocación de las producciones entre consumidores que los necesiten y cambien con ventaja. No basta tampoco que el inmigrante encuentre fácilmente tierra que cultivar en buenas condiciones; es preciso que tenga seguridad de poder pagar lo que por ella le exijan, y todavía más si es posible en propiedad á precio que esté

á su alcance. La propiedad es la aspiracion más general, y más legítima en el hombre, sobre todo para el labrador: es lo que más lo seduce, lo fija y lo obliga: por ser propietario se impone los mayores esfuerzos y sacrificios, llegando á veces hasta el heroismo: la ambicion de ser propietario es noble, hace á los hombres trabajadores, más resueltos y más sometidos á los rigores del destino, y cuando logran ese *desideratum* se convierten en los ciudadanos más útiles, más patriotas y más interesados en la suerte del país, en su tranquilidad y en su bienestar. El que tenga más tierras que ofrecer en propiedad, será uno de los que verán crecer sus habitantes más rápidamente y al cual más y mejores inmigrantes acudirán siempre.

La segunda condicion que debe ofrecer un país para atraer pobladores es la de tener un buen clima bajo el punto de vista de su templanza relativa y de su salubridad: clima en el cual el hombre no tenga que luchar contra los males físicos que abaten y debilitan sus fuerzas, ni contra esos accidentes que á veces exigen esfuerzos extraordinarios; contra esos miasmas que envenenan el aire y vician la atmósfera al extremo de hacerla impropia para la vida de los que asientan en semejantes países su planta. El hombre rey del universo, tiene la presuncion de poder vivir en este planeta bajo todas sus latitudes y en todos los climas, y lo mismo tiene el valor de ir á los más tórridos que á los más septentrionales: ni los ardores del Ecuador, ni las nieves eternas del Polo, son obstáculos para su ambicion y su audacia; ni las arenas abrasadoras del desierto, ni las heladas llanuras de las tierras polares lo detienen; pero eso no obsta para que los más prefieran los climas más benignos, las latitudes más templadas, los párajes más sanos, sobre todo para fijar en ellos su residencia definitiva; únicamente una ambicion desmedida de riquezas ó un amor sublime á la ciencia lo arrastran á esos climas y á esos países en que solo la muerte trás los sufrimientos aguardan al viajero. Los países que tengan un clima dulce en general y salubridad, serán de los que más colonos ó pobladores verán llegar á sus playas ó atravesar sus fronteras.

Otra condicion esencial es que los emigrantes tengan seguridad de encontrar en donde se dirijan una hospitalidad sin límites; la que pueden ofrecer los hombres que ya están en ellos establecidos y la que

dan las costumbres, las leyes y las instituciones públicas. Es preciso que se les reciba con una cordialidad fraternal, que se les atienda y conceda cuanto pueda hacer su suerte dulce, su presente seguro, su porvenir cierto y feliz: que al llegar puedan considerarse como paisanos, como ciudadanos de hecho, y fácilmente de derecho, del país en que se fijen; que este sea para ellos una patria que los adopte sin preguntarles de donde proceden ni por qué abandonan la que los vió nacer. Nada cuesta más al hombre que olvidar á su país natal, ni nada le hace la vida más penosa que el recuerdo del pedazo de tierra que lo vió nacer: el verdadero colono es solamente aquel que si no olvida su pátria, se resigna á no volver á su seno, y que si no ama á la nueva como á la que dejó, la considera como la pátria de sus hijos y de sus descendientes: ese emigrante que sale de su país como dicen los franceses *sans espoir de retour* y que jamás encuentra motivo para arrepentirse de haber abandonado la tierra en que nació ni para dejar la que adoptó luego. Los hombres preferirán para ir á fijarse fuera de su país aquellos cuyas costumbres sean si no idénticas más semejantes á las del suyo, cuyo idioma se parezca al propio, ó donde éste se hable ó sea entendido por más gentes, y preferirán más ir á aquellos pueblos donde las instituciones les garantien mayor suma de bienestar y más seguridad para su persona y para sus fortunas. Así, aquellos países en que encuentran tolerancia para sus creencias y opiniones, el derecho á disponer de su libertad individual más absoluto, el de educar á sus hijos como mejor lo entienden, el de vivir á su modo y como les convenga: proteccion para sus personas, su domicilio, su trabajo y el fruto de éste, libertad para dedicarse á la industria que les sea más grata ó provechosa, garantía para sus ahorros, su techo y su suelo, á esos países acudirán de preferencia los que emigren y quieran encontrar en lejanas tierras alivio á sus miserias, mejor fortuna, abrigo contra los infortunios ó contra las contrariedades de la vida.

Tierra abundante, fértil y barata, clima templado y sano y hospitalidad generosa y completa por parte de los hombres y de las instituciones son las tres condiciones esenciales que deben ofrecer los países poco poblados, que aspiren á aumentar sus pobladores con el

sobrante de otros: esas condiciones los atraerán é inducirán á ir á fijarse en ellos como colonos verdaderos, como buenos y útiles ciudadanos.

IV.

LAS TIERRAS DE PROMISION.

Además de las tres grandes condiciones enumeradas en el artículo anterior, hay otras que pudiéramos llamar secundarias, aun cuando en ciertos y determinados casos tienen influencia considerable para atraer á los hombres que emigran de su país á los que están faltos de habitantes. La facilidad de la traslacion, la proximidad entre el pais del emigrante y aquel al cual se dirige en busca de nueva patria y de fortuna; las semejanzas en las principales industrias agrícolas ó fabriles que imperan en uno y otro, y finalmente, la corriente de la opinion, determinada por la buena fama de que disfrutan ciertos paises. Los hombres preferirán siempre al dejar su propio suelo, para establecerse en otro, el que más semejanza tenga con aquél. Esto es muy natural por cierto, y si algunos van á los que no tengan ninguna ó poca analogía con el suyo, será eso efecto de alguna circunstancia casual ó fortuita y siempre una escepcion.

Casi todos los paises se han poblado por medio de inmigraciones salidas de otros ya poblados, sobrados de habitantes; pero en nuestros dias las emigraciones de algunos sólo pueden compararse con aquellas de que nos hablan historias casi fabulosas que bien pueden llamarse *exodos*, es decir, emigraciones en masa de los habitantes de un país en busca de tierras de promision. Los que más emigran son los alemanes, los irlandeses, los ingleses, los suizos y los de algunos otros pueblos del Norte de Europa; los españoles emigran algo; en el dia son más numerosos los que salen de la Península, sí bien en tiempos más remotos lo hicieron tambien muchos, aun cuando la poblacion no era tan considerable como en el dia: los italianos van emigrando de algun tiempo á esta parte en proporcion sensible; los franceses emigran poco, y quizás ménos que ellos los alemanes del Sur y los de los otros

pueblos germánicos del centro y los rusos, aunque ninguna de las naciones de Europa deja cada año de dar un contingente á la emigracion que sale de aquellas regiones para ocupar y explotar otras más escasas de habitantes. Principalmente se dirigen esos emigrantes á los Estados Unidos, sobre todo los alemanes del Norte, los irlandeses y algunos ingleses; van muchos ingleses é irlandeses, aunque no tantos de los últimos como de los primeros, al Canadá, á Australia y á otras colonias británicas. De todas las demás naciones emigran para los Estados Unidos algunos europeos; pero los españoles se dirigen en número mayor al Plata, á Cuba y á los otros pueblos de raza española en América: de algun tiempo acá van bastantes á Argel: los italianos se dirigen principalmente al Plata, que es despues de los Estados Unidos y de Australia, el punto á que acuden del viejo continente los emigrantes en número más considerable.

A los Estados Unidos se dirigen los más de los que salen de Europa, pues en el espacio de sesenta años han llegado á sus puertos más de doce millones de emigrantes de ambos sexos, lo cual da un promedio de 200 mil cada año, pero en algunos han llegado á 500 mil y hasta han pasado de 600 mil. En comparacion ningun otro país ha recibido contingente tan considerable; el Canadá se puebla y Australia se ha poblado bastante pronto y sigue recibiendo cada año mayor refuerzo de gentes para la colonizacion.

¿Por qué esa preferencia en favor de los Estados Unidos, de la Australia y del Canadá en segundo lugar? Porque en el uno y en los otros países existen en alto grado las tres grandes condiciones que hemos dejado consignadas en el anterior artículo y que deben ofrecer los países para atraer y fijar á los que emigran de las viejas naciones europeas en busca de destino más propicio sobre la tierra, y no van proporcionalmente tantos á los otros países escasos de poblacion por que no reúnen del mismo modo, en igual grado esas condiciones. En el rio de la Plata y en algun otro punto de la tierra, tal vez encuentran, los que á ellos emigran, mucho ó tanto parecido á lo que les ofrecen aquellos tres países principales.

Acuden tantos emigrantes á los Estados Unidos y á las posesiones inglesas del Norte de América y de la Oceanía porque esos países, y

especialmente el primero, brindan cuantas condiciones pueden los hombres apetecer cuando tratan de salir de su patria en busca de vida ménos difícil y de existencia más cómoda y segura. Los Estados Unidos son un país verdaderamente excepcional como nacion; puede decirse que se componen de una reunion de naciones unidas bajo un mismo gobierno, un mismo nombre geográfico. Cada una de esas grandes divisiones políticas que forman la Union constituye una region especial con clima, producciones, hábitos, costumbres y hasta aptitudes diferentes tanto como lo son en todas las naciones que componen la Europa toda. Se estienden desde el grado 71 de latitud Norte en el cabo Barrow en Alaska hasta el 24 en la desembocadura del rio Grande en Texas y la punta meridional de la Florida: abrazan una extension mucho más grande que esa misma Europa. Regado ese gran país por los rios más caudalosos y propios para la navegación, sembrado de lagos como mares, bañadas sus dilatadas costas por los dos más grandes del planeta, las comunicaciones son fáciles y económicas: la tierra abunda y es fértil como toda tierra primitiva: los climas son varios, pero casi todos templados y el de la region más extensa muy parecido al mejor de Europa. Casi cuanto en esta se produce, se produce en los Estados Unidos y lo mismo los cereales que las frutas de Europa, y las de los países más meridionales pueden cosecharse en algunos de sus diferentes territorios: tienen maderas en gran abundancia y para todos los usos; el hierro, el carbon mineral, el petróleo, la sal, el hierro, la hulla, la plata y el oro en las entrañas de sus tierras y en cantidades prodigiosas: producen el algodón en grande, el tabaco en abundancia, y aspiran á producir el azúcar y el té: ya cultivan la vid y sus cepas vírgenes atraviesan el mar para ir á regenerar y á fortalecer las de Europa contra el terrible azote de la *phloxera*; quizás fabriquen en breve vino en abundancia y uno de estos dias se propondrán cultivar el almendro, el olivo, la naranja y la higuera. Hay, pues, allí tierra en abundancia, mucha cuyo propietario es el Estado, que la cede en propiedad real y definitiva á razon de 1 ó 2 pesos el acre, fértil como todos los terrenos vírgenes: las hay en todas las regiones, bajo todas las latitudes, en todos los climas y propias para todas las producciones. El clima es benigno en general y donde no

lo es tanto no es tan mortífero como el de esas regiones inclementes de otros puntos del globo, y se va lentamente modificando como se modifica al cabo en todas partes donde el hombre activo, laborioso y trabajador pone su planta.

Así es que allí acude el hombre del norte de Europa como el del centro ó el sur; el leñador de Noruega, el minero de Suecia, el labrador de Alemania, el jardinero de Italia y se encuentran todos en su elemento; allí desmontan los bosques, cortan las maderas, siembran los cereales, fomentan la cría de ganados, aclimatan las razas más bellas y las más útiles, extraen de las entrañas de la tierra los minerales, cosechan el algodón y el tabaco y cultivan la caña y cada uno se dedica á lo que más le agrada, á lo que más cree que le conviene, á lo que está más acostumbrado y sabe mejor: puede escojer y escoje el lugar de su morada, la clase de su industria y puede cambiar si le acomoda de sitio, de clima y de trabajo, sin salir del país, sin tener que emigrar. Empiezan á ser industriales y los que en Europa lo son pueden en los Estados Unidos dedicarse á su oficio, á su arte, á su industria. Iguales circunstancias ó muy parecidas concurren en el Canadá, cuya población aumenta cada día.

En Australia, esa tierra situada casi en el centro del planeta, tan fértil y tan copiosamente dotada por la naturaleza, existen las más de esas circunstancias y por eso comparte con la América del Norte, independiente ó inglesa, la fama y es el objetivo predilecto de los que emigran de Europa. Casi todo lo que hemos visto que concurre en este continente, existe en la misma proporción, cantidad y calidad en Australia.

Tenemos, pues, en uno y en otro país la tierra en abundancia, fácil de adquirir la propiedad, suelo fértil y de producciones variadas: tenemos clima benigno y también variado; es decir, las dos primeras condiciones que deben tener los países que aspiran á poblarse con prontitud por medio de la inmigración, tanto en uno como en otro país, ¿qué extraño es, pues, que á ellos acudan tantos; los más de los que salen de Europa, para mejorar de posición ó para librarse de las duras condiciones, contra las cuales tienen allí que luchar para vivir?

Y si á la tercera pasamos, ¿dónde es más grande, más generosa la

hospitalidad que dán los hombres y las instituciones á los que allí lleguen? Allí se atiende, se recibe con cordialidad sin igual á cuantos van; á nadie se pregunta de dónde viene, por qué abandona su país natal, cuál es su historia, sus ideas, sus sentimientos, sus aspiraciones; qué Dios adora, qué religion profesa, si cree en algo, si nunca tuvo fé ni creencias ó sí las ha perdido en el curso y el batallar de la vida; únicamente se exige á todos que trabajen y que respeten las leyes.

Por eso van y se fijan *sans espoir de retour*, sin intencion de volver á la patria para vivir y morir allí y van en familia y para perpetuar su raza y su nombre y jamás se arrepienten de haber escogido esa tierra, ni se acuerdan de la que los vió nacer sino para invitar á los que en ella sufren y padecen á que vayan á compartir con ellos el bienestar y la fortuna que proporciona el trabajo, el ahorro y la seguridad de las leyes. Suprímase la abundancia de la tierra, el clima y las instituciones y se habrá acabado el encanto y esa atraccion que lleva á tantos millones de hombres á poblar y á enriquecer esas tierras afortunadas. Pero si todas juntas esas circunstancias son tan favorables, al ménos para atraer colonos, verdaderos colonos, preciso es que algunas de ellas concurren en los países que aspiren á poblarse, á ver llegar á sus playas ó atravesar sus fronteras colonos que los pueblen y fomenten. ¿Por qué no vienen á Cuba como van á los Estados Unidos, al Canadá y á Australia y al Rio de la Plata proporcionalmente, ni van á otras regiones que como Cuba están escasas de poblacion y necesitan pobladores?

V

NUESTRAS CIRCUNSTANCIAS.

Si tantos emigrantes europeos acuden á los Estados Unidos principalmente, á Australia, al Canadá y á la República Argentina en segundo lugar, y luego á otros países en número infinitamente más reducido, pero todavía de alguna importancia, es porque encuentran á su llegada con gran facilidad ocupacion más ó ménos lucrativa, los unos en las industrias, los más en la agricultura; porque la tierra

abunda y se concede al que la solicita con gran facilidad, casi á escoger, con condiciones muy favorables y en propiedad absoluta sin trabas ni ninguna circunstancia que haga ilusoria ó precaria esa propiedad, y una tierra vírgen y adecuada á multitud de cultivo, en la cual puede cosecharse las producciones de casi todas las regiones del mundo, cuyo cultivo es fácil sobre todo en los primeros tiempos de su roturación, y que no exige el trabajo ni los procedimientos que hace necesarios en otras partes lo antiguo y secular de su explotación. Así, en esos países los que se dedican á la industria agrícola encuentran, desde luego, una gran seguridad de existencia, independencia con dignidad y un bienestar que no tienen muchos de los cultivadores de Europa, y al cabo beneficios que les permiten ensanchar su industria y hasta encontrar la riqueza. Las vías de comunicación naturales abundan, las artificiales se aumentan y perfeccionan todos los días, y el número de consumidores próximos, crece como crecen de continuo los medios de adquisición, por lo que se aumenta en esos países la riqueza y el bienestar.

El clima es en general sano y cada día á medida que crece la población y aumenta el cultivo y se hacen grandes trabajos que corrigen los vicios de una naturaleza exuberante y primitiva, se hace más sano y propio para servir al hombre de morada. En esos países el hombre tiene que luchar á veces con la naturaleza para vencer los obstáculos que le presenta; pero esa lucha no es perjudicial á su salud, ni á sus fuerzas: en muchos casos, por el contrario, le es conveniente y provechosa, lo fortifica y lo endurece.

La hospitalidad es perfecta, así la que dán los hombres, como la que ofrecen las instituciones, las leyes y las costumbres.

Las tres grandes condiciones se encuentran reunidas y en grado superlativo, y atraen á los que se sienten inclinados á variar de patria y á buscar en otras regiones alivio á sus sufrimientos, brindándoles condiciones de vida ménos duras, aire respirable, atmósfera más pura.

Las costumbres son, además, muy parecidas á las de los países que contribuyen con mayor suma de inmigrantes á poblar esas tierras privilegiadas y todos los que á ellos acuden encuentran no solamente el pan del cuerpo abundante, sino el del alma, el pan de vida que dá

alimento á su espíritu; encuentran idioma igual ó parecido al suyo ó fácil de aprender, ó por lo ménos respeto y consideracion para el que ellos hablan y que entienden muchos en su nueva patria; gozan de una absoluta libertad en ciertas materias, sin que sean desdeñadas ó combatidas sus creencias, y puede obtener fácil y copiosa instruccion, y tambien intervencion en la cosa pública, además de una gran seguridad y libertad individual para disponer de lo suyo, de sus personas y de sus bienes, de sus fuerzas, aptitudes é inclinaciones.

Además, encuentran gran facilidad y auxilio para trasladarse de su país al que prefieren adoptar: semejanza completa en las industrias así en las manuales como en las mecánicas ó agrícolas; allí van los más á ejercer las que aprendieron de niños y cultivaron toda su vida, á emplearse en las mismas tareas y cultivar las mismas plantas y frutos que cultivaban en su propio país. La corriente de la opinion que crean la reputacion y la fama justamente adquiridas ya por el éxito de los que ántes inmigraron á esos paises, constituye en su favor un elemento de preferencia que arrastra á muchos y los lleva, quizás no bien preparados, ni resueltos á escogerlos como teatro, como experiencia cuando ménos, de un cambio de existencia y de vida. En esos paises tienen además los que á ellos van, la seguridad y la ventaja de no encontrar preocupacion contra los que trabajan ni contra ningun género de ocupacion, pues al contrario, lo único que se les exige es que trabajen; ningun trabajo está degradado, ni ningun trabajador envilecido; la riqueza, la educacion y la habilidad son lo único que distingue á los hombres, lo que crea las diferencias y gerarquías, y lo que dá título de honor y mérito á los que descuellan, triunfan de más dificultades y llegan á la cúspide desde más bajo y más léjos.

¿Existen aquí esas condiciones, esas circunstancias que hemos enumerado y señalado como necesarias para atraer pobladores, y que concurren en otros paises?

Empecemos por la tierra. Todos les oimos decir que una gran parte, quizás la mayor del país, está inculta, que sobra tierra y faltan brazos. Pero ¿dónde está esa tierra, quién la posee, á quién pertenece? ¿Existen esas grandes porciones de tierra, realengas, baldías, pertenecientes al Estado ó al comun de algunos pueblos? ¿No están las más

apropiadas, cedidas por el Estado, y las que éste posee no han vuelto á su dominio en virtud de retroacciones posteriores á su primer repartimiento? ¿Quién puede cederlas mediante una capitalización pequeña en propiedad á los que la soliciten? Si es el Estado el que las posee ¿por qué no las cede; si son los pueblos, ¿por qué no las ceden del mismo modo? Y acaso esas tierras, si existen, son todas igualmente propias para el cultivo, están situadas, pudieran labrarse, desde luego, en buenas condiciones; los que las trabajáran encontrarían remunerado su trabajo, hallarían en breve beneficios suficientes para pagar el precio de adquisición, su propia subsistencia y un sobrante que capitalizar agregándolo á su propiedad, bien aumentando su tamaño, bien mejorando sus condiciones? ¿Existen buenos caminos naturales ó artificiales para llevar á las fincas lo que necesite su explotación y sacar de ellas sus productos, y hay mercados próximos á esas tierras y consumidores que consuman lo que produzcan? ¿Y si el Estado diera las tierras gratuitamente ó á precio reducido, no correría el riesgo de que en vez de ir á manos de colonos que las labraran y se establecieran en ellas fueran á parar á la de los ricos que las adquiriesen baratas de los sedicentes colonos, ya para agrandar las que poseen, ya para revenderlas, como sucedió en España siempre con aquellos famosos repartos de tierra que los pueblos hicieron muchas veces para favorecer á los pobres jornaleros y convertirlos en propietarios y que fueron ocasión para que muchos ricos adquirieran más tierra y agrandaran sus propiedades, quedando los braceros tan pobres y desvalidos como lo estaban ántes de los repartos? Y si las tierras realmente sobran, ¿no están en manos de propietarios particulares que, ó las cultivan mal, ó no las cultivan de ningun modo, y en este caso, cómo y quién ha de cederlas, ha de proporcionarlas á los colonos? ¿No se liga esa cuestión con otra, con la del sistema general de la propiedad y el del cultivo, con ese sistema de división de la tierra que ha puesto á la mayor parte en manos de unos cuantos, y que ha traído ese cultivo extensivo que la ha devorado y la ha empobrecido? ¿Y cómo puede hacerse el cambio, que la propiedad se divida y se altere el sistema del cultivo? ¿Puede semejante evolución realizarse sólo por ministerio de la ley, por la autoridad del Estado? ¿No es obra del tiempo, del interés bien enten-

dido de los propietarios, efecto de su misma penuria, de su empobrecimiento, de su ruina, ó de su sagacidad é inteligencia; resultado de la instruccion y el patriotismo?

Si hay tierras sobrantes de que el Estado sea propietario á cualquier título, debiera y pudiera cederlas como las ceden en los Estados Unidos, y en el Canadá y Australia, y en otras partes, pero no se espere, no se aguarde á que sean abundantes, ni buenas, bien situadas, ni propias todas para que se *colonicen*, es decir, para que muchos las tomen para utilizarlas en su provecho y en el del país. Por desgracia puede ser que haya aquí mucha tierra inculta, que pudiera hacerse productiva; si es así, y no lo dudamos, aun cuando no nos alucinemos tanto como otros en este particular, no son fáciles de adquirir ni de cultivar y no ofrecen aliciente á los que prefiriesen venir á Cuba en busca de mejor posicion adquiriendo la propiedad de algun pedazo y regándolo con su sudor.

El clima tiene peor reputacion de la que en realidad merece: no es ni con mucho tan salubre, tan benigno y seguro para los que aquí llegan de otras regiones como lo es en los Estados Unidos, en Australia y en otros paises; pero si en las costas es fatal al inmigrante, no lo es en el interior, aunque opone á los nacidos en otras latitudes obstáculos sérios, pero no invencibles. El clima y la accion de algunas causas que lo hacen más deletéreo, pudieran modificarse con el tiempo y el trabajo, y para los que aquí nacen ó se aclimatan no es ciertamente peor que puede serlo el de otras regiones. Pero, en definitiva, fuerza es confesar que no incita el clima para que ciertas razas vengan á luchar contra su accion funesta y fijar aquí su residencia despues de esfuerzos y de otros sacrificios que exige siempre todo cambio de país y de ocupacion.

Hablemos ahora de la hospitalidad privada, despues tratarémos de la pública. La que dispensan los habitantes de esta tierra es proverbial, pero si á todos los que llegan se les recibe con una cordialidad fraternal, si esa hospitalidad es generosa y grande, no lo es de ningun modo esa otra que consiste en facilitar al que llega cuanto lo puede seducir y arrastrar á fijarse. Hay en esa hospitalidad más benevolencia, más caridad, más espíritu de simpatía que interés en que vengan otros y

otros: si se les recibe bien, no se les favorece, no se les auxilia, no se les facilitan los medios y los recursos para que se establezcan en el país y lo enriquezcan enriqueciéndose ellos; si se les dá trabajo es á condicion de que se contenten con poco, con lo necesario para vivir al dia; se les utiliza, pero no se les protege; se trata de sacar partido del que viene, pero no de que ese lo saque para sí.

El aleman ó el irlandés ó el español que se fija en los Estados Unidos se convierte de momento en un ciudadano americano con más facilidad que el peninsular que aquí viene en un cubano. Aquellos se ligan más al país que éste, y eso que tienen que dejar de ser alemanes ó irlandeses y el otro jamás deja de ser español. Así es que son tan pocos los que si no se arrepienten de haber venido, jamás dejan de pensar en volverse, y aún son ménos los que vienen resueltos á quedarse, como van por millones á otras partes. Todos vienen con la esperanza del retorno, y los que no la realizan siempre es por causas en que nada tiene que ver y en que en nada influye lo que aquí encuentran, ni su buena ó mala fortuna. Si aquí á nadie se le pregunta de dónde viene y á qué viene, es porque se sabe que todos vienen en busca de fortuna y con la mira de regresar cuando la hayan adquirido.

F. A. CONTE.

(*Se continuará*) (1).

(1) Los cinco primeros capítulos de este estudio se publicaron en *El Trunco* del 29 de Diciembre de 1884 y 1º, 5, 10 y 15 de Enero de 1885, y los restantes son inéditos.

NOTAS EDITORIALES.

BACON Y SHAKESPEARE.

Publícase en el número de Mayo de la *Nineteenth Century*, con la firma de Percy M. Wallace, un artículo muy curioso llamado á producir honda sensacion, sobre todo en el mundo literario. Se dice en el escrito que un caballero de Hastings—Minnesota—Mr. Ignatius Donnelly, ex-miembro del Congreso de los Estados Unidos y autor de *Atlantis* y de *Ragnarok*, que son dos buenos libros, ha descubierto una cifra maravillosísima, sujeta á reglas de fijeza matemática en las obras de Shakespeare; cifra que corre ocultamente por todas esas obras conteniendo nada ménos que una extensa narracion, donde no solo consta cómo el Canciller Bacon de Verulamio fué el autor verdadero de las obras de Shakespeare, y la razon que tuvo para callarlo y dejar que otro se llevara su gloria, sino tambien la revelacion de muchos detalles de su vida y de muchas intrigas de la corte de la reina Isabel de Inglaterra. Si esta aseveracion se confirmase, y tiene todas las trazas de ello, porque los antecedentes de Mr. Donnelly son honorabilísimos, tendremos ocasion de ver nuevamente que pasan en la vida real cosas más extraordinarias y románticas que en las exageradas ficciones construidas por los noveladores y poetas.

Algun tiempo hace que en Inglaterra, Alemania y en los Estados

Unidos sobre todo, dió la casualidad de que, casi simultáneamente, varios versadísimos literatos expresaron sus vehementes sospechas de que Bacon fuese el autor del estupendo teatro atribuido á Shakespeare. Sus razones se fundaban: primero, en la comparación de las obras de Bacon y Shakespeare; y segundo, en el minucioso estudio y examen de la vida y correspondencia del primero, que ofrecían indicios para ellos tan claros como rayos de sol.—Esta secta literaria recibió desde luego el nombre distintivo de *baconiana*. A la secta pertenecía el que hoy aporta para la decisión del punto un testimonio de absoluta finalidad. Mr. Donnelly había escudriñado con paciencia benedictina las obras dramáticas de Shakespeare y las obras conocidas de Bacon. Ocurriósele un buen día que era caso raro que en ninguna de las biografías del estadista-filósofo se hiciera referencia á ningun trabajo suyo escrito en cifra, cuando en su época el uso de la cifra era tan corriente entre los hombres públicos, casi obligatorio, y cuando en sus propias obras el mismo Bacon insiste en diversos parajes en las grandes ventajas que ofrece esa clase de escritura, y aún presenta ejemplos que recomienda con calor. (1) Desde ese momento Mr. Donnelly se dedicó á registrar de nuevo los dramas á caza de la cifra, en la convicción de que no era humanamente posible que el autor de obras tales hubiera dejado de hacer constar su paternidad de algun modo secreto, ya que no lo había hecho paladinamente.

El texto que para su investigación escogió fué el *Folio* de 1623, «el auténtico,» segun Grant White; que ha sido motivo de asombro y pena para tantas generaciones de comentaristas; el «precioso volúmen desfigurado por la falta de cuidado del editor,» en que «á más de otras erratas menores (como son la paginacion irregular, las palabras puestas arbitrariamente en bastardilla, los paréntesis sin motivo y los guiones sin explicacion) que pueden salvarse con facilidad, encuéntranse á veces palabras tan variadas que no pueden reconocerse ni por el sentido general de la frase, renglones traspuestos, oraciones inte-

(1) *Advancement of Learning*, ü (in Spedding, Ellis, and Heath's ed., 1857—vol. III. p. 402.) *De Augmentis*, vi. I. (S. E. H., vol. IV. p. 445.)

rrumpidas por un punto al que sigue letra mayúscula; y otras veces, las palabras fuera de su lugar y mezcladas en confusion incomprensible; ó los versos impresos como prosa, y la prosa como versos; los parlamentos de un personaje atribuidos á otro; en suma, todas las variedades posibles del desarreglo tipográfico se hallan en este volúmen, cuya correcta impresion interesaba tanto á la posteridad.» (1) Y, sin embargo, la crítica moderna sabe que el *Folio* se hizo á toda costa, con la intencion de que fuese una *excelente* edicion de las obras dramáticas. ¿Es posible—se dijo Mr. Donnelly—que la correccion de las pruebas de un libro semejante se hubiese descuidado hasta este punto? Los que tanto gastaron para imprimir ese volúmen, ¿habrían podido olvidarse de cosa tan material como la correccion tipográfica? Si de algo se preocupan siempre los impresores es de la paginacion de la obra que tienen entre manos; atañe esto no al autor, sino al impresor que sabe la responsabilidad que le cabe en este caso. . . . Esa paginacion mala, esos absurdos guiones y esas bastardillas extravagantes no son erratas, nó; esos extraordinarios defectos obedecen á una intencion deliberada y celosamente cumplida. ¿No serán esas aparentes erratas del *Folio* las claves de una cifra. . . .? ¡Razonable hipótesis! Además, el *Folio* se publicó en el año mismo en que vió la luz el *De Augmentis*, en donde Bacon pone un modelo de la cifra que inventó, «siendo muy jóven, cuando vivía en París, y que me parece digna de conservarse porque tiene la perfeccion de una cifra, que es, hacer que cualquier cosa signifique cualquier cosa.» Entónces tambien fué cuando Sir Tobie Matthew escribió aquella carta á Bacon contestándole otra con la que le había enviado un regalo (un ejemplar del *Folio*) diciéndole que lo había recibido y que «*the most prodigious wit that ever I knew of my nation, and of this side of the sea, is of your Lordship's name, though he be known by another. . . .*» ¡Qué coincidencias!

En fin, Mr. Donnelly no perdió esa buena pista y ahora le escribe á un amigo suyo inglés diciéndole que detrás de la ostensible forma dramática de Shakespeare hoy puede él leer—y en breve, gracias á él, leerá todo el mundo—otro drama no ménos interesante sobre las ma-

(1) Grant Wihste's ed. of Shakespeare. (vol. I. p. 258.)

quinaciones de Essex contra los Cecils, y los celos que Roberto Cecil abrigaba contra su primo Francisco Bacon; y de cómo, después que éste averiguó quién era el verdadero autor de las obras dramáticas de Shakespeare, se lo contó á la Reina, y las complicaciones que resultaron; de cuya parte copia Mr. Donnelly un fragmento en que figuran Shakespeare, Burleigh, el mismo Bacon y su fiel criado Harry Percy como actores principales. . . . ¡«Qué historia tan asombrosa!» exclama Mr. Donnelly y agrega: «Si lo escrito en cifra no contuviera más que la historia íntima de los dramas y de la vida de Bacon, bastaría esto para que fuese muy importante; pero contiene mucho más, á saber: noticias de la última parte del reinado de la Reina Isabel con todas sus intrigas cortesanas y conspiraciones y la influencia que ejercieron en los acontecimientos posteriores. Es una apelación que hace Bacon á la posteridad justificando su conducta, y al mismo tiempo el castigo que impone por los siglos de los siglos á los que tan cruelmente lo humillaron, persiguieron y anonadaron. . . . ¡Venganza terrible! Es la amarga hiel de toda una vida de torturas conservada en bálsamo de poesía, en la forma alegre de las comedias. No solo creó como la Providencia, sino que también como ella dejó que corrieran por la trama de sus obras las venas de su arcana significación. . . .»

Pero lo más admirable de este admirable caso es saber por Mr. Donnelly que las obras dramáticas fueron compuestas y arregladas para contener la cifra, y nó la cifra para los dramas. . . . ¡qué potencia del genio! Para perpetuar, siquiera fuese el cuento personal más baladí, le construyó como envoltura la obra más sublime en forma literaria que ha producido el pensamiento humano! La ingeniosidad de Bacon era mayor que su genio, y su genio fué superior al de todos los hombres. . . .!

Mr. Donnelly saldrá pronto para Inglaterra y allí dará á conocer al mundo el resultado de sus trabajos de muchos años. Con los pocos datos que sugiere en la carta á su amigo inglés, dice el articulista de la *Nineteenth*, debe contentarse, ó descontentarse, el público, al que ha puesto en ardiente curiosidad. Nosotros hemos hecho este extracto de la noticia que dá la revista inglesa para que los lectores de la REVISTA CUBANA estén en cierto modo preparados á lo que pueda suceder, y

que no les coja desprevenidos el derrumbamiento de la enorme torre secular literaria de Shakespeare, si se confirman las pretensiones del autor de Ragnarok. Naturalmente ahora se nos ocurre esta reflexion, que no podemos ménos de estampar: si hoy el Verulamio se alza como un monte ante la consideracion de la humanidad, qué no será cuando sobre esa cima se coloque la gloria del sublime histrion de Stratford-upon-Avon, que resplandece como un sol apagando todas las estrellas del firmamento del drama! Tanta grandeza para Bacon solo, cuando ya era demasiada aún repartida con Shakespeare, abrumba nuestra inteligencia:—es divina.

G. Z.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS.

HUTCHESON MACAULAY POSNETT.—*Comparative Litterature*. New York, D. Appleton and Co. 1885.

Aunque preparada por la direccion predominante de la crítica literaria en nuestras dias, ésta es una obra de mucha originalidad; porque demuestra con un ejemplo convincente cómo se deben aplicar los métodos científicos y los resultados obtenidos ya por la ciencia á las investigaciones literarias. Famosos son los estudios de Taine, que ha publicado verdaderas monografías de psicología étnica, al escribir la historia de la Literatura Inglesa, ó al examinar las fábulas de La Fontaine ó las historias de Tito Livio, y han marcado un nuevo rumbo á la apreciacion de las obras literarias; pero tampoco quitan su mérito al trabajo de Mr. Posnett. Este considera la manifestacion literaria como uno de tantos fenómenos sociales, y lo estudia desde el punto de vista sociológico. De este modo las generalizaciones que poseémos ya respecto á la coordinacion y evolucion de los grupos humanos se aplican naturalmente á este producto de su vida mental y en lo posible lo explican.

El autor ha aplicado principalmente su método á la literatura del pueblo heleno, y estableciendo ámplias comparaciones con los otros primitivos, sigue el desarrollo de su génio maravilloso á través de los

cambios sociales que marcan sus progresos en la historia; para hacer ver que es un caso insigne, pero no anormal, de la evolucion del espíritu de una raza que ocupa un lugar determinado del globo y vive en un medio propio, cuyas influencias recibe y traduce por medio de signos.

El libro es un volúmen de la série inglesa de la Biblioteca Científico-Internacional.

HENRY SUMNER MAINE.—*Popular Government*. New York, Henry Holt, et Co. 1886.

Esta nueva obra del eminente publicista, á quien debe Inglaterra tantos magistrales trabajos que prueban la eficacia del método histórico en los estudios jurídicos, ha suscitado vivas controversias en su país, duplicando así su interés. Consta de cuatro ensayos sobre temas de la mayor actualidad, y todos relacionados con el predominio constante de las ideas é instituciones democráticas en el mundo coetáneo. Sir Henry Sumner Maine no se cuenta en el número de los apóstoles fervorosos de la democracia, y áun entiende que, realizada de una manera extrema en las instituciones públicas, constituye una forma de gobierno muy frágil. En el último ensayo estudia y analiza la Constitucion de los Estados Unidos, que compara con la inglesa, y en la que descubre un ingenioso mecanismo perfectamente adaptado á las circunstancias difíciles en que habia de encontrarse la nacion y que gracias á él ha sabido vencer.

FÉLIX KUHN.—*Luther, sa vie et son œuvre*. París, Paul Robert, 1886.

Una vida del gran reformador religioso del siglo xvi escrita en lengua francesa con erudicion inmensa y perfecta imparcialidad, es obra literaria muy digna de señalarse entre nosotros. Si á esto se añade el método en un todo moderno á que se ha sometido el autor y su preocupacion constante de mostrar el lado subjetivo de su asunto, el carácter personal de Lutero, el estado de su espíritu, sus luchas íntimas,

sus desfallecimientos y sus arranques, el gran drama moral que tuvo por escenario su conciencia, ántes de convertirse en el gran drama social que ha cambiado la faz de muchas de las más cultas é importantes naciones del mundo, se comprenderá que tratamos de un libro notable, aún despues de lo que han escrito con su acostumbrada abundancia los alemanes acerca de esta gran figura de su historia. El cuadro, además, en que ha sabido colocarlo M. Kuhn corresponde en un todo el personaje, y transcribe fielmente uno de los períodos más complejos é interesantes de la historia moderna.

Los estudios históricos sufren verdadero eclipse entre nosotros; por eso no nos cansaremos de recomendar libros como éste, que enseñan, más que todas las reglas, cómo se investigan y exponen los hechos pasados y demuestran el verdadero lugar que corresponde á los hombres insignes en la trama intrincada de los fenómenos sociales.

JAMES ANTHONY FROUDE.—*Oceana; or England and her Colonies.*
New York, *Scribner's Sons.*

Este nuevo libro inglés, reimpresso ya en los Estados Unidos, no desmerece por su originalidad é interés de los demás del autor, cuya reputacion en el mundo literario es grande y justa. Nos ha hecho la impresion de que es como una ampliacion y como elocuente comentario de la magistral obra de Seeley sobre la *Expansion de Inglaterra*. Estúdiase en él un problema importantísimo:—¿Qué destino guarda el porvenir á Inglaterra y á los pueblos que ha sembrado en todas las latitudes de la tierra? ¿Habrán de mantenerse unidas en la historia futura la nacion madre y su prole de naciones, soberanas entre si para el manejo de sus asuntos privados, pero estrechamente federadas para la defensa y el desarrollo de la potencia y de la civilizacion anglosajonas; ó habrán de separarse políticamente y de caer en rivalidades?—Las conclusiones de Mr. Froude son estas: «Otras Inglaterras existen á más de la antigua, donde medrando está la raza con todos sus rasgos característicos de siempre» «Por adversa que la suerte sea, la familia de Oceana aumenta; y habrá de hablar como señora en la humanidad futura.» Antes de escribir su libro Mr. Froude viajó dete-

nidamente por las colonias británicas para «comunicarse con sus hombres principales, observar los distintos países y los habitantes, viendo lo que hacian, lo que pensaban y sentian.» Más de diez años hace que concibió en su gabinete la idea de *Oceana*, de un grandioso Imperio Británico que ejerciera la hegemonía del mundo, y las enseñanzas del tiempo transcurrido desde entónces y las que sacó de sus viajes le han demostrado lo justo de sus pensamientos. En su libro apunta sugestivas observaciones sobre el estado de la Colonia del Cabo de Buena Esperanza, de las de Australia y Nueva Zelanda; «Y quizás será una ilusion, y no más,—exclama—pero de todos modos he tenido una deliciosa experiencia en los últimos años de mi vida. He viajado por tierras en que el patriotismo británico no es cosa irrisoria, sino una verdadera pasion; en que los niños crecen dando señales de comprender lo que significaba la *dichosa Inglaterra*»... Y hablando de los Estados Unidos dice que han resuelto por completo el problema de combinar muchas comunidades, que se gobiernan independientemente, en un solo Estado; modelo que se ofrece á los ingleses para que lleven á cabo una federacion de la Metrópoli con las Colonias.

No bastan por supuesto estos rápidos apuntes para juzgar la obra reciente de Mr. Froude, mas si para que se vea que tiene su lectura un interés especial para los colonos de Cuba, aparte del que naturalmente despierta entre todos los que se preocupan de la civilizacion y libertad humanas, sostenidas hoy en el mundo, mejor que por ningun otro pueblo, por los que hablan la lengua inglesa.

Los países hispanos americanos son cada dia más estudiados. En los Estados Unidos ha llamado vivamente la atencion una série de artículos de Mr. David A. Wells, publicados en el *Popular Science Monthly*, con el título de *An Economic Study of México*; y acaba de aparecer en París un volúmen de M. E. Castets, dedicado á *Mexique et Californie*.

—No há mucho que se ha publicado una edicion americana del precioso libro de Sir John Lubbock; *Flowers, Fruits and Leaves*,

Contiene tres lecturas, que arrojan viva luz sobre los más interesantes problemas del mundo vegetal.

—Entre las publicaciones francesas que interesan á los que estudian la literatura española debemos señalar el *Etude pathologique-theólogique sur sainte T'crèse* que acaba de publicar el jesuita Louis de San, refutando el trabajo de su colega el P. Hahn sobre *Les Phénomènes hystériques et les Révelations de Sainte Thérèse*; y un *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo*, por E. Merimée.

—La notable *Histoire ancienne des peuples de l' Orient*, por M. Maspero acaba de alcanzar su cuarta edición (Hachette).

—Casi todas las obras de Leopoldo von Ranke están traducidas al inglés; pero hasta hace poco no han empezado á verse al francés. Ahora sale á luz el tomo 4º de su *Historia de Francia en los siglos xvii y xviii*, traducido por M. Miot.

—*L' Expansion coloniale de la France* es el título de un estudio histórico, geográfico, político y económico que publica el diputado francés M. J. de Lanessan.

—Con el título de *Ricordi* ha publicado en Turin el escritor italiano A. Vespucci un interesante libro de notas de viaje sobre Alemania.

—M. Louis Ducros acaba de dar á luz en París un estudio muy notable sobre la juventud de Enrique Heine.



MISCELANEA.

DOS NUEVAS REVISTAS.

En el curso de este mes han aparecido en la Habana dos publicaciones, que han de ser de la mayor importancia para la difusión de los conocimientos superiores. Es la primera la *Revista General de Derecho y Administración* que dirige el notable jurisconsulto D. Antonio Govin, y que promete dedicar su atención á todo el vasto campo de los estudios sociológicos. Es la segunda la *Revista Enciclopédica*, que ha fundado el docto catedrático D. Carlos de la Torre y Huerta, para consagrarse más especialmente á las ciencias naturales. Se inspira en las ideas y métodos de la ciencia moderna, de que es el señor la Torre, entre nosotros, infatigable y muy bien preparado sustentador.

EL MIEDO EN LOS NIÑOS.

Casi al mismo tiempo que la traducción francesa de la obra del sábio fisiólogo italiano Mosso, sobre el *Miedo*, de que dimos cuenta en uno de nuestros últimos números, ha publicado M. Richet un estudio psicológico sobre el mismo asunto. No nos parece fuera de propósito trasladar aquí la siguiente nota de su interesante trabajo. No estará demás para las madres y nodrizas.

Habla de los ogros, trasgos, cocos, etc., y añade: «¡Cuán peligroso es hablar á los niños de estos seres fantásticos! Desde luego esto no

significa que se hayan de proscribir de sus lecturas los cuentos que deleitan y desarrollan la imaginación; pero al mismo tiempo se les debe repetir que los cocos no existen. Esto no les impedirá que obtengan un placer tan vivo de esas historias, como si creyeran en la realidad de su existencia. Es preciso esforzarse por apartar de la inteligencia de los niños todo lo que desarrolle el aspecto terrible de los cuentos de hadas. El miedo es una emoción malsana, aunque tutelar; y es preciso abstenerse de hacerla nacer, ni de mantenerla en el espíritu de los niños. Muchas enfermedades provienen del miedo; y muchos niños medrosos y nerviosos han llegado á ser, por causa del miedo—círculo vicioso muy temible—mucho más medrosos y nerviosos.»

NEGROLOGIA.

El 1º de este mes ha fallecido en Bayreuth el gran pianista y compositor Liszt. Nació en Raiding (Hungría) el 22 de Octubre de 1809. Ha sido considerado como el «más hábil y original» de los pianistas. Como compositor deja, entre otras obras, las dos grandes sinfonías de *Fausto* y *La Divina Comedia* y muy notables *misas*. También se distinguió como crítico musical, y ha escrito estudios muy considerables sobre Chopin, R. Wagner y la música bohemia.

—El dos del corriente ha muerto en esta ciudad el Dr. D. Manuel Vargas Machuca, catedrático de la facultad de Farmacia, y uno de los más distinguidos y reputados químicos de la Isla. Sus trabajos y experiencias le habían dado nombre dentro y fuera de ella. Fué discípulo del eminente Wurtz.

—El 12 de Febrero falleció en París el eminente físico francés M. Jules Célestin Jamin, sucesor de Dumas en la Secretaría de la Academia de Ciencias. La óptica le debe notables investigaciones; y entre otros trabajos no ménos importantes había modificado el sistema de alumbrado eléctrico de Jablochhoff.

—La señora Herminia A. Smith, notable antropologista americana, murió el 9 de Junio en Jersey City. Comisionada por el Instituto Smithsonian para estudiar las leyendas y tradiciones de los iroqueses, residió por algun tiempo entre ellos. Al ocurrir de su fallecimiento estaban preparando un diccionario de la lengua iroquesa.

—La química agrícola ha perdido uno de sus más insignes representantes, el Dr. Julio Adolfo Stöckhardt, de Sajonia. Se le debe el sistema de estaciones agrícolas, para el estudio experimental de la agronomía, hoy generalizado. Sus obras y trabajos en la prensa profesional son muy numerosos.

NOTICIAS CIENTÍFICAS.

El telégrafo ha anunciado, con fecha 1º de Agosto, que MM. Hoste y Mangot han hecho la travesía de Cherburgo á Londres en un globo provisto de timon y hélice.

—El último servicio prestado á la ciencia por el insigne Maspero ha sido el descubrimiento de la momia de Rameses III, que tuvo lugar el 1º de Junio. Al examinar, en presencia del jedive y otros altos dignatarios egipcios, una momia que se tenía por la de la reina Nofretari, descubrió que era la del célebre conquistador. De modo que se tienen hoy las momias auténticas de Rameses II y III, gracias á la laboriosidad del docto egipciólogo.

—El 2 de Julio tuvo lugar en la Sociedad de anticuarios de Londres una animada sesión, á que concurrió el Dr. Schliemann, que había ido expresamente de Atenas, para defender su interpretación de los descubrimientos que ha realizado en Tiryntho—ya tan célebre por sus muros ciclopeos—combatida vivamente por notables arqueólogos ingleses. El sábio alemán pretende ver construcciones prehistóricas en lo que los arqueólogos aludidos ven ruinas de la época bizantina. La Sociedad no ha llegado á una conclusión definitiva.

NOTICIAS LITERARIAS.

En el número de Julio de la *New Princeton Review* el profesor Charles Eliot Norton, íntimo amigo de Carlyle, ha publicado un estudio del carácter personal de este grande y excéntrico escritor, apoyado en numerosos documentos de familia.

—El Dr. Arthur Pakscher, de Berlin, ha logrado encontrar el manuscrito del *Cancionero* de Petrarca que se decía existir en la Biblioteca del Vaticano, y con el que no se había dado hasta ahora. Así

lo ha manifestado en una memoria dirigida á la Academia *dei Lincei*. Es autógrafo en gran parte y demuestra la exactitud de las ediciones impresas corrientes.

—Se afirma que otro erudito alemán, H. Hauler, ha descubierto en la biblioteca de Orleans un fragmento de las *Historias* de Salustio, que se consideraban completamente perdidas.

—De recientes noticias estadísticas sobre la prensa en el Japon resulta que existen en ese país 37 publicaciones dedicadas á los asuntos de educacion, con una tirada de 42, 649 ejemplares al mes; siete de medicina, con 13,514 ejemplares; nueve de asuntos sanitarios, con 8,195 ejemplares; dos consagrados á los asuntos forestales y dos de farmacia. Periódicos exclusivamente científicos hay siete, con 2,428 ejemplares; y 22 dedicados á popularizar la ciencia, que llegan á 70,666 ejemplares.

—M. A. Baudrillart, el famoso economista francés, hoy profesor de historia, ha recibido encargo del Ministerio de Instruccion Pública, para pasar á Italia y España, con objeto de recoger documentos relativos á la correspondencia de Mme. de Maintenon.

—Con motivo del congreso filológico de Stockolmo, M. Paul Passy se propone hacer un viaje á Suecia para estudiar las cuestiones relativas á la enseñanza de las lenguas.

NOTICIAS ARTISTICAS.

El arqueólogo inglés Mr. Flinders Petrie anuncia un interesante descubrimiento en la parte noroeste del Delta del Nilo; las ruinas de un palacio real, que segun indica el descubridor es el que la Biblia llama «La casa del Faraon en Taphnis», *domus Pharaonis in Taphnis*, segun la Vulgata. Antes de ahora no se habian encontrado en esa comarca sino templos y tumbas. Hasta aquí la cerámica es la que sale más beneficiada en los descubrimientos parciales que se han realizado en el palacio, pues es considerable el número de vasos griegos del siglo vi, algunos bellamente pintados, que han aparecido. Otros objetos tienen un gran valor histórico, para completar los nombres de la dinastía 26ª